

114

Cinco fechas de cuarentena



18 de marzo

hace falta estar contagiado para que el decreto no dio autorización para salir a cuerpo cambie y la mente tome rumbos comprar alimentos, pero algunos camiinesperados. Estar quietos nos obliga a nan con juicio hasta el mercado y hacen pensar de otra manera, a sufrir el tiempo que tanto hemos deseado y a rumiar do cada media hora y unos pocos buses los males que tanto hemos ignorado. La ruedan. Recicladores, barrenderos y dofrivolidad ahora parece un pecado ex- miciliarios son los dueños de la ciudad, cesivo, y el humor pierde buena parte ejercen su mayoría con desenfado. Desde su espacio, quedando un resquicio para el cinismo más inteligente e igualitario: ahora la burla macabra, la mueca que invoca la peste, nos corresponde a todos. Los pleitos de todos los días han teo. Las medidas son urgentes, y pueden perdido su valor al mismo ritmo de las acciones. A diferencia de las tragedias que trae la guerra, donde el poder, los palacios, los atriles y los escudos patrios se engrandecen, con la condena de las rigente o un gobierno, puede resultar plagas esos alardes se hacen más nimios v menos eficaces.

Aún no hemos sido tocados por ninguna tragedia. Lo nuestro es todavía un miedo a la muerte en abstracto, no el dolor frente a sus detalles. Nuestro ánimo puede cambiar de forma drástica. Montaigne, amigo de sus debilidades y dado a experimentar con su carácter para evidenciar sus propios errores, nos habla de ese espíritu voluble: "Si me sonríe mi salud y la luz de un precioso día, soy un hombre estupendo; si tengo un cayo que me duele en el dedo del pie, soy hosco, desagradable e inaccesible".

Para los afortunados, quienes podemos sentarnos a leer, a pensar o trabajar desde la casa, se viene el aburrimiento más que la desesperación, y tal vez aparezcan algunas de las lecciones que adelanta Joseph Brodsky: "Eres finito -dice el tiempo con la voz del aburrimiento-, y cualquier cosa que hagas desde mi punto de vista es vana... El aburrimiento supone, en efecto, una irrupción del tiempo en nuestro esquema de valores. Sitúa la vida en su justa perspectiva. Lo cual da como resultado la precisión y la humildad".

25 de marzo

dan las cruentas batallas de teclado, la mos sobre un hielo muy delgado, dice cer la intrascendencia a la que nos había más graves al "sistema social"? ©

uevas rutinas, más senci- ciudad muestra una cara apacible. El enllas, más lánguidas, más cierro, la política, los comunicados que íntimas. Nuevos miedos, se superponen y los decretos que se conmás profundos, más ciertradicen multiplican la neurosis y el tos, más colectivos. No mito de la ciudad vacía. En Medellín, el sus compras. El metro deja oír su zumbide las casas muchos piden leyes marciales, claman por la policía y el ejército.

Las muertes por el covid-19 serán inevitables. Ya hemos comenzado el conlimitar las libertades personales pero no pueden suspenderlas. La tentación de la servidumbre, de entregar toda la responsabilidad a la severidad de un dipeor que los estragos del virus. La potencialidad de contagiar a otros es un patrimonio de todos, no es un asunto de víctimas y victimarios. No somos una mayoría de sanos contra los apestados o los posibles transmisores. La histeria podría llevarnos a ver a los ancianos "prófugos" para recibir un poco de sol en los parques. Todas las decisiones, sean médicas, sean políticas o sociales, tienen efectos secundarios. Tendremos que ir haciendo porosa, poco a poco, con responsabilidad, nuestra burbuja de cuarentena. Lo dijo un risueño reciclador en medio de su rebusque en la ciudad vacía: "Al que no sale no le da el viento".

Tal vez tenían razón los habitantes de algunas ciudades europeas durante una de las tantas pestes en siglo XIX: "Y cuando la gente se dio cuenta y creció la creencia de que el cielo no quería o no podía ayudarles, no solo bajaron los braque, mano a mano con el contagio físico, trataba de matar el alma mientras la Mientras las redes rechinan y se otra destrozaba el cuerpo...". Camina-

señalar la pequeña línea entre la salva-

Mientras tanto, las ceremonias religiosas se han tomado Facebook y los sacerdotes confiesan en los call center.

8 de abril

En el Reino Unido Boris Johnson apostó por los científicos. El crudo realismo de los modelos y el inevitable pragmatismo económico. Si es cierto que una muy buena parte de la población debe infectarse para lograr la "inmunidad del rebaño", pues lo mejor sería dejar avanzar el virus y encerrar a los más débiles. "Debo ser claro con ustedes y con la ciudadanía británica: muchas familias van a perder a sus seres queridos antes de lo que pensaban". El papá de Johnson, entonces, no podría cumplir sus deseos de ir al *pub* del barrio. Pero los científicos cambian de una semana a otra frente a este virus más ubicuo que inocuo. Y señalaron la posibilidad de 260 000 muertes en unos meses a causa del covid-19 y la congestión hospitalaria. Ahora Johnson está en una Unidad de Cuidados Intensivos por coronavirus y la reina Isabel II habló sin corona frente a la nación: "Deberíamos sentirnos tranquilos de que, si bien aún nos queda más por soportar, volverán los mejores días: estaremos con nuestros amigos nuevamente; estaremos con nuestras familias nuevamente; nos volveremos a ver". Las sillas presidenciales se ven tan inútiles por estos días que los ciudadanos se sienten mejor siendo súbditos.

También la ideología se hace invisible en medio de la confusión del mundo que mira tras la ventana. Trump y su desmesura se encargó de retar el virus sin dejar de dar bofetadas a sus rivales vía Twitter. Su oficio es no tener miedo. Pero Queens, su distrito en NY, según sino adormecido.

Ángela Merkel, y la metáfora sirve para acostumbrado el gobierno, y vivir una crisis en tono menor en lo político, sin el estridente llamado al heroísmo ni las audacias del caudillo.

15 de abril

Las recomendaciones sensatas desde los hospitales traen consecuencias en cuartos distintos a las Unidades de Cuidados Intensivos. La precaución frente al ataque del virus crea necesariamente sufrimientos sociales, estragos económicos, desbalances familiares, crisis personales. No se trata del falso dilema entre la vida y la economía, entre unos cuantos codiciosos y la salud de todos, entre el balance de las empresas y el conteo de las muertes. La quietud mundial que se impuesto afecta sobre todo a quienes basan la subsistencia en sus recorridos diarios, en sus esfuerzos de puertas para afuera, en el pago por sus servicios o su rutina del minuto a minuto.

Peter Singer, profesor de bioética en Princeton, lo dice con arriesgada claridad en una conversación publicada el domingo pasado en el NYT: "Creo que la suposición, y ha sido una suposición en esta discusión, de que tenemos que hacer todo lo posible para reducir el número de muertes, no es realmente la suposición correcta (...) Ningún gobierno invierte cada dólar que gasta en salvar vidas. Y realmente no podemos mantener todo cerrado hasta que no haya más muertes. Así que creo que es algo que debe entrar en discusión. ¿Cómo evaluamos el costo general para todos en términos de pérdida de calidad de vida, pérdida de bienestar, así como el hecho de que se están perdiendo vidas?".

Buena parte de los casos en los que en coronavirus resulta mortal se dan por una especie de sobre reacción del sistema inmune. Cuando el organismo no logra detener el virus y detecta un daño celular, provoca una respuesta inflamazos diciendo 'Dejemos llegar lo que ten- sus propias palabras, es ahora el foco toria para defenderse liberando gran ga que llegar'. Más aún, pareció como si de la infección. Y el presidente bajó el cantidad de citocinas. Esa inflamación el pecado hubiera brotado de un malestono y agachó la cabeza. Desde el otro generalizada acaba en un daño sistémitar secreto y clandestino hasta conver- lado del muro, y de las ideas y los inte- co y en la muerte del paciente. La comtirse en una horrorosa, rabiosa plaga, reses nacionales, AMLO hace lo mis- paración puede ser válida al evaluar las mo que Trump, solo que ya no enérgico medidas de los gobiernos y la sociedad frente a la pandemia. ¿Estaremos en una Tal vez nosotros debamos agrade- sobrereacción que puede causar daños

DIRECCIÓN GENERAL Y FOTOGRAFÍA

- Juan Fernando Ospina **EDICIÓN**
- Pascual Gaviria

ASISTENCIA EDITORIAL

- David Eufrasio Guzmán COMITÉ EDITORIAL
- Fernando Mora Meléndez
- Andrés Delgado
- Maria Isabel Naranjo

- Andrea Aldana
- Juan Fernando Ramírez
- Simón Murillo – Santiago Rodas
- **ASISTENCIA EJECUTIVA**
- Sandra Barrientos
- **DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN** Gretel Álvarez
- **CORRECCIÓN DE TEXTOS**
- Gloria Estrada

DISTRIBUCIÓN

– Angélica, Gustavo y Didier

Es una publicación mensual

de la Corporación Universo Centro Número 114 - Abril 2020 Versión digital universocentro@universocentro.com **DISTRIBUCIÓN GRATUITA**

universo centro

WWW.UNIVERSOCENTRO.COM

No tenemos palabras

por JULIANA CASTRO • Ilustraciones por la autora



I like the feeling of words doing

esde hace casi un año mantengo una colección de palabras que no tienen traducción. Las expresiones varían desde la famosa y nostálgica saudade del portugués hasta la palabra alemana schadenfreude, usada para definir el placer derivado de presenciar el infortunio ajeno. Es fácil concluir que son consecuencia de la necesidad cultural de nombrar fenómenos propios. Por ejemplo, no es sorpresa que en Islandia, donde en algunas temporadas del año el país está casi completamente a oscuras, tengan raðljóst para definir la cantidad de luz justa para encontrar tu camino, o gluggaveður para el clima que es lindo ver, pero no experimentar: clima de ventana. No existe, en ningún idioma, una palabra para la frustración de presenciar virtualmente, en cámara lenta, la esta situación imposible, dedicarse a enconindigna y solitaria muerte de muchos y la trar significado parece superfluo, un oficio de

desgracia económica de otros mientras se calientapuesto. En una entrevista con la Har-

En la carta a sus alumnos a propósito del coronavirus, el escritor George Saunders citó su tiempo de incógnito en un refugio de gente sin techo en California en el que un guatemalteco predicaba "everything is always keep changing", algo así como "todo es siempre mantener cambiando". La expresión, que es gramaticalmente incorrecta en inglés, parece ser elegida precisamente por eso: la combinación correcta de palabras no alcanza. Necesitamos la redundancia, la hipérbole, la rareza. Pedimos, a gritos, oír lo que no hemos oído antes. Enmascaramos en humor nuestra frustración. La racionalidad no da abasto. Lloramos en la cocina.

¿Cómo ponerle a esa sensación de recordar todo que está pasando, justo después de minutos u horas de distracción tranquila? En

as they want to do and as they have to do vive, con miedo e incertidumbre, en condivard Business Review, David Kessler dice que la ciones distintas a las que acostumbramos. No incomodidad que sentimos es dolor. La ansiedad, dice, es dolor anticipado, dolor por lo que va a pasar o podría pasar. Y, finaliza añadiendo, como quien manda flores a los muertos, que hay algo poderoso en nombrar el dolor y que encontraremos significado en la pandemia. La sexta etapa del duelo, dice Kessler, es el significado. Pero ¿cómo saber qué debemos aprender de todo esto cuando la energía se nos va en existir? Por ahora, sobrevivir es suficiente.

> Supongamos que la palabra y la representación ayudan a amainar el drama. ¿Cómo nombrar lo implacable y lo desconocido? ¿Por qué no hay emoji del dolor? ¿Podremos pronto escoger, no solo aceptar, cómo y qué tanto pensar en todo esto? ¿Hemos perdido nuestra agencia o simplemente está de luto? Joan Didion dijo que el dolor es un lugar que nadie conoce hasta que se llega. Vamos para allá. Estamos separadas, pero vamos juntas. Eso tiene que ayudar. Todo es siempre man-

Epidemias y dilemas sociales

as grandes catástrofes de la antigüedad recordaban a los hombres que a pesar del texto bíblico que les prometía el dominio del mundo, la naturaleza se salía con frecuencia de todo límite y control. El diluvio *universal* llevó a un nuevo pacto con los dioses y desde entonces epidemias, terremotos o inundaciones cubrieron pedazos y trozos, áreas limitadas de la Tierra.

Pero durante el Renacimiento se volvió a crear un mundo único y las grandes epidemias de la conquista del Nuevo Mundo —la primera pandemia— se sumaron a las pestes de Londres, París o Italia. El descubrimiento de América abrió el camino para que las comidas de los indios se convirtieran en los manjares de Europa: el tomate, el aguacate, la papa o el ají se sembraron en Europa y cambiaron su alimentación. Y la conquista de las Indias creó una economía mundial en la que el precio del azúcar en Londres llevaba a expediciones para capturar esclavos en África, o la producción de oro de Barbacoas alteraba los precios de las telas que llegaban a España. Hizo que a América llegaran animales desconocidos, como los perros, las vacas (transmisoras de la viruela), los cerdos (con los que vino la influenza o peste

porcina), o los anofeles (portadores de la malaria), que transformaron su vida y sus enfermedades. La naturaleza, como lo mostró después Humboldt, se volvió una sola. Los virus, microbios, bacterias y parásitos cruzaron los océanos, y la viruela y la malaria, la fiebre amarilla, el dengue o el tifo, desconocidos en América, ayudaron a que la población de este continente cayera entre un ochenta y un noventa por ciento en cien años, mientras la sífilis cruzaba el Atlántico y se regaba por Francia o Italia. El aislamiento había ahorrado muchas muertes, pues los americanos no morían antes de viruela ni los europeos de sífilis, aunque en cada lado había algunas enfermedades, que en Europa producían plagas y pestes, con muertes abundantes, y en América mataban en forma más gradual.

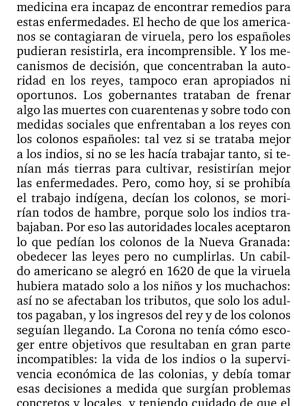
De todos modos, la caída de la población americana fue una experiencia sorprendente y aterradora: los cronistas, sobre todo Bartolomé de las Casas, las describieron en su dureza, y los reves, católicos creventes, buscaron aliviar sus conciencias tratando de frenar la caída de la población. No lo pudieron hacer, porque el proceso escapaba a sus conocimientos y a sus formas de decisión: los españoles no sabían lo que estaba pasando y la

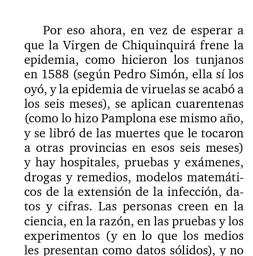
nos se contagiaran de viruela, pero los españoles pudieran resistirla, era incomprensible. Y los mecanismos de decisión, que concentraban la autoridad en los reyes, tampoco eran apropiados ni oportunos. Los gobernantes trataban de frenar algo las muertes con cuarentenas y sobre todo con medidas sociales que enfrentaban a los reyes con los colonos españoles: tal vez si se trataba mejor a los indios, si no se les hacía trabajar tanto, si tenían más tierras para cultivar, resistirían mejor las enfermedades. Pero, como hoy, si se prohibía el trabajo indígena, decían los colonos, se morirían todos de hambre, porque solo los indios trabajaban. Por eso las autoridades locales aceptaron lo que pedían los colonos de la Nueva Granada: obedecer las leyes pero no cumplirlas. Un cabildo americano se alegró en 1620 de que la viruela hubiera matado solo a los niños y los muchachos: así no se afectaban los tributos, que solo los adultos pagaban, y los ingresos del rey y de los colonos seguían llegando. La Corona no tenía cómo escoger entre objetivos que resultaban en gran parte incompatibles: la vida de los indios o la supervivencia económica de las colonias, y debía tomar esas decisiones a medida que surgían problemas concretos y locales, y teniendo cuidado de que el costo no fuera fatal para el imperio o para los vasallos más poderosos.

El proceso para convertir el mundo en un solo espacio económico, alimenticio, informativo, recreativo y productivo ha sido lento pero exitoso. Entre las epidemias de la conquista y el coronavirus han pasado ya quinientos años. Al comienzo las enfermedades llegaban en barco y se propagaban lentamente, con viajeros que venían a pie y en canoa desde la costa a Bogotá. En 1802 una epidemia de viruela hizo que en Bogotá soñaran con usar la vacuna: cuando la expedición llegó en 1804 con los niños que habían sido contaminados por el virus de las vacas, ya la epidemia había pasado, aunque no había sido tan dura como otras, porque desde 1782 se había empezado a inocular el virus de los enfermos a los sanos que se arriesgaban.

Pero ahora, en este confinamiento, el primero que me toca en la vida, estoy en medio del mundo y veo todas las mañanas las calles de Wuhan, Guayaquil o El Cabo o las ventanas desde donde la gente aplaude en El Ensanche o Milán: ahora las epidemias las riegan instantáneamente, entre otros, millones de turistas que en un solo día van hasta el otro extremo del mundo, convertido en un inmenso espacio de viajes y vacaciones y un solo ámbito de producción: el cierre de los bares en China hace que esa misma tarde alguien decida no sembrar cebada en África.

En estos cinco siglos los países capitalistas de Europa han ido imponiendo su dominio sobre el mundo, tanto en términos económicos como políticos y culturales. El avance de las técnicas extendió un sistema de producción que permite alimentar una población inmensa. Y desde el siglo XVIII la Ilustración produjo una cultura en la que periódicos y libros impusieron un ideología de la razón y cambiaron la forma de explicar las enfermedades, que dejaron poco a poco de ser castigos de Dios para convertirse en el resultado de cambios imprevisibles de la naturaleza y en el efecto de las conductas humanas, que deben estudiarse con métodos científicos, y que pueden combatirse y precaverse con cuarentenas, vacunas y remedios, y no únicamente con rogativas a la Virgen de Chiquinquirá, cuyo papel en la epidemia actual ha sido muy limitado.





quien sea, paren los contagios. En los siglos XVIII y XIX a veces todavía las autoridades vacilaban: el obispo virrey Caballero y Góngora prohibió las cuarentenas o "degredos" de los comerciantes que subían de la costa a Bogotá, pues la epidemia de 1782 era un castigo divino que había que cumplir, por la rebelión de los comuneros contra el rey. Pero poco a poco las medidas humanas ganaron a la intervención divina y las epidemias se fueron reduciendo, a base de higiene, limpieza, comida más abundante, cuarentenas y, sobre todo, como pasó con la viruela, el sarampión, el polio y el tifo, a punta de vacunas. En 1918 vivimos la última gran epidemia: la gripa española. En dos meses mató unas dos mil personas en Bogotá, y otro tanto en el resto de Colombia, pocos

comparados con los millones que probablemente arrasaron las epidemias del siglo XVI. Se aplicó toda la ciencia posible, a diferencia de la epidemia del cólera de 1849, cuando el dilema, como hoy, estuvo en gran parte entre la economía y la vida y el gobierno escogió la economía. Muchos liberales se opusieron a la cuarentena, pues iba a afectar la producción y el comercio; muchos conservadores se opusieron porque la población debía sufrir el castigo divino. Los artesanos estuvieron de acuerdo en que no hubiera confinamiento, para tener de qué vivir.

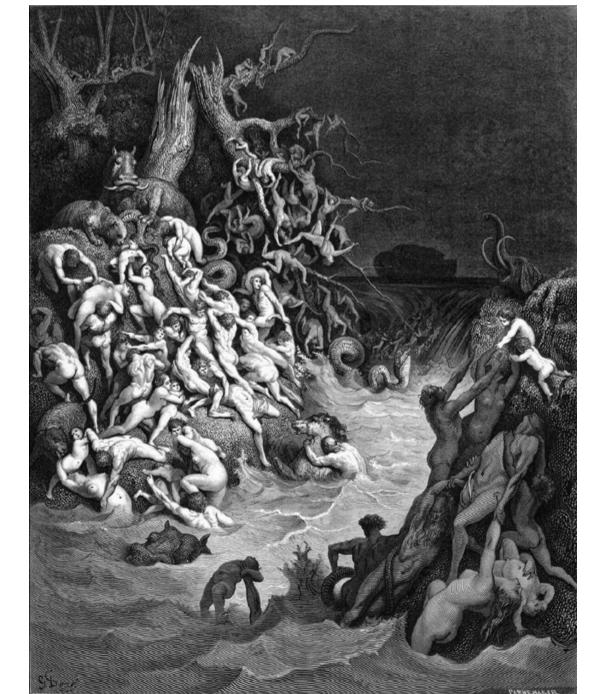
confían mucho en que las rogativas, a los grandes cambios que avanzaron en confusa e inmediata de la enfermedad, el siglo XVIII, cuando se inventaron los el hambre y la muerte. derechos del hombre y la ciudadanía la sociedad es democrática, más o menos, y los gobiernos tienen que aplicar medidas que cuenten con un respaldo social importante, que no produzcan la rebelión de los empresarios, de los desempleados o de la mayoría de la población. La democracia es complicada, con procesos de decisión muy enredados, que combinan la igualdad de los votos con la desigualdad inmensa de los poderes políticos o económicos: por eso hay que tener mecanismos para que los puntos de vista de los más poderosos y ricos no se impongan automáticamente, de modo que las decisiones tengan algo en cuenta los intereses y las opiniones (que no siempre coinciden) de los más hablaron durante semanas del pico del

el que finalmente mandan los empre- era, si el día en que empezarían a bajar sarios, pero necesitan convencer a la mayoría de las personas: sus votos eligen los gobernantes, y las democracias o cuando bajara varios días seguidos, o son el resultado de esta difícil transacción entre el poder y el número. En esta epidemia se ha visto cómo los más amigos de los empresarios, Trump, Johnson o Bolsonaro, preferían correr los riesgos de salud para no afectar la economía, lo que también, a la larga, podía haber llevado a consecuencias difíciles de prever y calcular. Pero tuvieron que ceder ante Hoy —en parte como resultado de frentaba, en el corto plazo, a la angustia

La forma como se tomaron esas decisiones, y se tomarán las que tienen que ver con el retorno gradual a la vida normal, muestra las grandes limitaciones de los sistemas políticos: los datos son incompletos y deficientes o se ocultan, los recursos se administran más o menos a la brava, pero, fuera de algunos países autoritarios, hay que dar explicaciones a la opinión y no es posible desafiarla o engañarla más allá de ciertos límites. Uno podía ver cómo en España el ejército hacía hospitales mientras en Brasil se construían cementerios, y ambos casos eran presentados como ejempobres. El capitalismo es un sistema en contagio, sin que nunca nos dijeran qué bierno buscará cómo encontrar qué

los casos nuevos o los muertos, o cuando se redujera el "porcentaje de aumento", qué: en el fondo era el momento en que los gobiernos podían decir a la población que ya la amenaza no era tan grave, y esto era lo que realmente importaba, pues era el gesto político que podría tranquilizar un electorado ansioso.

Esta experiencia, creen muchos, va a cambiar la forma en que la sociedad enfrenta los grandes riesgos y amenazas la presión de la población, que no sabía actuales. Puede que haya una respuescómo escoger pero finalmente se en- ta mejor a problemas concretos como la distribución de alimentos, el mane jo de grupos especiales (presos o viejos que viven en residencias y ancianatos), la forma de cumplir obligaciones de pagos o trámites que era evidente que se podían hacer en línea y las instituciones rechazaban. Lo más seguro es que se trabajará más desde la casa, sobre todo en asuntos administrativos o de diseño. Tal vez los gobiernos crearán algún mecanismo para controlar mejor, ante riesgos parecidos, el tráfico internacional, que sigue de modo absurdo regulado, en una crisis como esta, por centenares de países independientes. Y puede que se establezca alguna forma de seguro que permitirá contar con recursos para alimentar a los que tengan que dejar de ir plo de eficiencia estatal; los aplausos en a su trabajo. Pero en los asuntos de fonlas ventanas eran lo importante, y todos do no es muy probable: las angustias e indecisiones seguirán iguales, cada go-



El diluvio. Gustave Doré, 1866.



por JORGE ORLANDO MELO



El diluvio universal. Miguel Ángel, 1509.

hacer y cómo repartir los riesgos y pe- Pero la población difícilmente votará solo se enfrentarán más o menos en de lo que oyen, para criticar las fuentes ligros, la población mirará con quietud ahora por gobiernos que decidan evitar serio cuando se vea que se están des- y hacer argumentos complejos, basados fascinada e inquietud angustiosa lo que este problema empezando a prevenirpasa en todas partes y los países y las au- lo ya mismo: si acaso por gobiernos que democrático no tiene mecanismos de precisos, como son la mayoría de los hetoridades no sabrán cómo escoger entre sean capaces de enfrentarlo, en algunos el confinamiento y el trabajo, la salud y la economía, las certezas borrosas del presente y las incertidumbres del futu- mos inventado un sistema político capaz un impuesto creciente al azúcar. Entre pandemia actual repite elementos aisro. Ni siquiera puede saberse si, en uno o de tomar decisiones comunes e informados siglos, las religiones que siguen pen- das sobre esta clase de problemas, que sando que su dios debe gobernarnos a desbordan las fronteras nacionales y en que la población, estimulada por el mietodos acepten convivir sin violencia.

algunos de sus miembros pueden ha- yos resultados nadie garantiza, con unos los que se opongan a gastarse la platicerlo. En los últimos veinte años hubo costos reales inmediatos, que asumirán pandemias notables, pero como se condiferentes países y grupos económicos y centraron en países pobres, poco se sociales. En estos asuntos los más podeaprendió de ellas. Esta vez las enfermedades y epidemias competirán con otros un nunciarán a sus ganancias actuales para peligros, con los problemas del medio evitar males que tal vez no se van a conambiente y del calentamiento global, cretar: impedir el calentamiento global, con los riesgos de que las grandes em- por ejemplo, supone acabar con el uso presas de la red tomen el control de la del petróleo y bajar el consumo de carlos sistemas burocráticos digan más o los gobiernos se usará para demostrar menos sinceramente qué están hacien- que es posible, con algo de precaución, do, con las reglas para movernos en este evitar los daños locales que producen nos capaces de hacer los muros para eviy aduanas. Sabemos que en esos mismos años, un día cualquiera, las autoridades informarán que en unas semanas nos pueden eludir, pues los tribunales se van a inundar millones de kilómetros no tienen jurisdicción fuera de las fronde playas, que Turbaco o Mompox se teras: pueden, razonablemente, exigir convertirán en puertos de mar. Aunque que el fracking se haga con grandes prese sabe por qué pasará esto y cómo evi- cauciones locales, para frenar las protarlo, probablemente no lo haremos: ese testas de los ambientalistas, mientras día habrá gobiernos que van a tener que se crean algunos empleos produciendo co local, pero sus problemas son univertos peligrosos, alimentados por los poconstruir en poco tiempo miles de ki- algo más de energía fósil que nos perjuevitar que las aguas derriben ciudades remoto que en apariencia no importe). con millones de habitantes. Unos podrán hacerlo y tendrán recursos y técni- rra con enfermedades como la obesicas para ello: otros deberán moverse a dad o la diabetes, que pueden amanecer tierras más altas; muchos se ahogarán. algún día fuera de control, pero que 🛮 su capacidad para evaluar la veracidad 🔻 iban a fregar. ©

casos, cuando llegue.

En parte esto es así, porque no helos que hay que comparar los beneficios La humanidad no aprende, aunque de la prevención, un bien incierto curosos tienen intereses urgentes v no resociedad, con las dificultades para que nes, y todo el poder de los petroleros y eviten los daños ambientales al planeta, pero este es un problema que los gobier-

Es probable que algo parecido ocu-

transacción y decisión que permitan a la mayoría escoger, por ejemplo, reducir la producción de petróleo o imponer otras cosas porque el sistema de comudo, el temor, las emociones, las noticias falsas y los argumentos falaces, vote por ca de todos en prevenir males futuros, cuando hay tantos males actuales, tanto desempleo y tanta pobreza.

En resumen, creo que no hay razones para el optimismo que nos lleve a pensar que a partir de esta experiencia sabremos cómo ponernos de acuerdo para evitar nuevas pandemias, prevenir nuevas enfermedades, evitar el calentamiento global o la obesidad mórbida de un pesimismo ilimitado: habrá gobierde pagar tratamientos a los que los necesiten, aunque cuesten más de lo que ral de asignaciones de recursos. habría costado evitar esas enfermedades y epidemias.

mocracia, como sistema político, es el cas: porque a partir de las imprecisiones mejor de los sistemas posibles, pero es de la información y de la manipulación bastante defectuoso. Decide en el mar- de las emociones se montan argumensales, y decide en el presente, pero debe derosos, los políticos, los empresarios, lómetros de muros de contención, para dique a todos, pero en un horizonte tan tener en cuenta los efectos del futuro: el los medios de comunicación, que llevan tiempo, con sus incertidumbres, es de la a que muchas veces los ciudadanos apoesencia de estas decisiones. Y depende, yen medidas que a la larga los perjudipara adoptar políticas, de la calidad de can o elijan a quienes, pensándolo bien, la información de los ciudadanos, y de un tiempo después, era evidente que los

bordando: mientras tanto el sistema en la evidencia, a partir de hechos imchos sociales. Muchos argumentan que hay que enseñar historia para que no repitamos el pasado, lo que nunca pasa: la lados, pero en esencia es algo nuevo, y nicación actual, para estos efectos, hace siempre en la sociedad las condiciones son novedosas. Lo que sí sería útil es que se usen las clases de historia y de ciencias sociales para enseñar a argumentar en asuntos inexactos. La historia, como la sociología, la economía o el derecho, son ciencias inexactas, aunque hagan todo lo posible para hacer creer que son tan exactas como la aritmética. El derecho, en especial, ha promovido formas de razonamiento que favorecen a unos u otros pero se presentan siempre como el resultado inexorable de deducciones lógicas e imparciales, que sirven para esconder que buena parte de los argutodos. Pero tampoco hay razones para mentos de las sentencias sobre derechos se refieren, más que a la existencia y reconocimiento de esos derechos, a la formundo unificado pero lleno de barreras sistemas como el fracking (aunque no se tar que el mar se meta a las ciudades y ma práctica de hacerlos efectivos, con un balance concreto y un marco tempo-

> Por eso la calidad de la información y del debate público son tan importan-El problema sigue siendo que la de- tes en las discusiones y decisiones políti-





y que a la distancia nos seguimos abrazando.

contia

La diferencia está en confiar

El cráneo de Descartes

POT CIPRIAN VĂLCAN • Ilustraciones de Tobías Arboleda

Traducción de Miguel Ángel Gómez Mendoza



Musée de l'Homme, 13 de abril de 2003

n la primavera del 2003 me encon- de mi infancia, y lanzas de unos guerreros mades Hautes Études. De lunes a sábado pasaba buena parte del tiempo en la Biblioteca Nacional de Tolbiac, y los domingos acostumbraba ir a los museos. Había agotado la lista de los museos que me parecían en verdad interesantes, entonces decidí entrar al Musée de l'Homme, sin tener mayores expectativas. Al llegar al ala izquierda del Passy a Palais de Chaillot tuve la sensación de que me hallaba en una pequeña ciudad rumana: me encontré con un montón de vitrinas vacías, descubrí maniquíes semidesnudos, fotografías amarillentas por efecto del tiempo y un revoltijo generalizado que me hizo creer que un comerciante de mercado de pulgas había volcado su mercancía de cualquier manera, deseoso de salir rápidamente de ella y partir. Se podían ver las representaciones de unos tuaregs que me hacían pensar en la utilería usada para un wéstern producido en la República Democrática Alemana o en la Yugoslavia de los tiempos

traba en París, trabajaba en mi te- sáis, retratos de unos santos etíopes, leones y sis de doctorado en la École Pratique cocodrilos, fotografías de unos brujos cameruneses, extravagantes camas sobre los camellos de los beduinos, el trono de un rey de Dahomey, un kayak de piel de foca, senos, vestidos para desfiles, morsas disecadas, máscaras africanas (máscara de un niño de pecho, máscara de un loco, máscara de un espíritu algo hambriento), condimentos turcos, una espada y cuatro parejas de chalecos salvavidas, una maqueta de la ópera de Pekín, estadísticas demográficas, una casa tradicional de Anatolia y, al final, un inmenso oso blanco sobre los restos de una exposición acerca de Hungría.

Había oído que el museo cerraría, sin embargo, no me esperaba encontrar semejante desorden que parecía hacer necesaria la presencia de los trabajadores encargados de vaciar las vitrinas y transportar su contenido a misteriosas reservas en otro lugar. No había visto hasta entonces, y tampoco habría de ver nunca más, un museo que transmitiera semejante sensación de obsolescencia y de improvisación,

donde pareciera que todas las piezas expuestas habrían sido sacadas al azar de un depósito de antigüedades inútiles o de un inmenso contenedor sin reclamar en algún puerto del Mar del Norte. Salí tambaleándome del Palais de Chaillot, con un fuerte dolor de cabeza, absolutamente convencido de que no volvería a ese museo ni siquiera si pasara por la más radical renovación y reconstrucción de la historia.

Para mi gran asombro, supe que este desastroso museo funcionó hasta 2009. Y en los últimos seis años y medio se invirtió un montón de dinero en su restauración; alrededor de sesenta millones de euros. Fue reabierto al público en el otoño de 2015, con la presencia de François Hollande. He leído sobre la estructura del nuevo museo en Le Monde, Le Figaro y Libération, entretenido por la transformación de lo vetusto a lo ultramoderno; pero para nada me ha interesado ver cómo cambió. Los cráneos de unos desconocidos bárbaros, o los inventos interactivos en los que se trabajó intensamente no tenían para mí ningún atractivo. Sin embargo, mientras estaba por concluir que era un museo para niños y adolescentes, descubrí una información que me hizo moderar el juicio: el periodista de Libération insiste, con gran entusiasmo, en que en el museo va ser expuesto el cráneo de Descartes.

Ladrones de cráneos

En julio de 2015 el cráneo de Murnau fue robado del panteón de su familia en el cementerio de Stahnsdorf, cerca de Berlín. La policía no logró encontrar ninguna pista que condujera a la captura de los ladrones. El cráneo del más conocido pirata alemán, Klaus Störtebeker, ejecutado en el año 1401, que tenía clavado, como un adorno, un inmenso clavo de hierro y que se encontraba desde 1933 en el Museum für Hamburgische Geschichte, fue robado en enero del 2010. La policía logró encontrarlo en marzo del 2011. A comienzos de mayo de 2007, el cráneo de Kádár János, presidente de la Hungría comunista, fue robado de su cementerio en Budapest. Los ladrones no fueron atrapados, y el cráneo no fue encontrado. Fueron también robados en diversas circunstancias los cráneos de Beethoven, Sade, Mozart, Goya, Haydn, Descartes, así como la cabeza momificada del rey Enrique IV de Francia. A Einstein no le robaron el cráneo, sino el cerebro, que luego fue cortado casi en 1500 trozos por Thomas Harvey, el médico que le practicó la autopsia en el Princeton Hospital.

La historia más intrincada es la del cráneo momificado de Enrique IV. En 1793 los revolucionarios presos profanaron las tumbas reales de Saint Denis, y los esqueletos hallados de sus féretros fueron sacados y desmembrados. Ni el cadáver de Enrique IV escapó a esa furia desatada, y llegó, después de dos días, a una fosa común, cubierto con cal viva. Durante la Restauración, Luis XVIII ordenó traer de nuevo los restos reales a la Catedral de Saint Denis. Tres cadáveres fueron cien años, no existe ningún tipo de información sobre el cráneo del rey.

El 31 de octubre de 1919, con ocasión de la subasta de los objetos provenientes del taller de la artista Emma Nallet-Poussin, Joseph-Émile Bourdais compró tres cráneos anónimos. Según se lee en un artículo publicado en 1924 en una revista dedicada a la historia del arte, Bourdais se convenció de que uno de ellos es el cráneo de Enrique IV. Desde ese momento dedicó su vida a demostrar que el cráneo era el auténtico cráneo del rey; pero no logró tener pruebas sólidas como apoyo de su afirmación, así que su hipótesis no ha sido confirmada. Obsesionado con este problema llegó a identificarse con él, pidió que en su tumba del cementerio de Pantin se fijara una fotografía en la que apareciera junto con el cráneo momificado.

En 1995 la hermana de Bourdais vendió el cráneo momificado a Jacques Bellanger. Este lo conservó en la buhardilla de su casa por más de cincuenta años hasta cuando decidió contactar al historiador Jean-Pierre Babelon para pedirle vier en 1821. De esta manera, el cráneo llegó al me dijo victorioso: "Ahí está". Le agradecí pleno

su opinión sobre el ilustre casco. En el año 2010 el cráneo fue sometido a unas complejas pruebas y, luego de estas, el médico forense Philippe Charlier, conocido por sus estudios de paleontología, dijo haber comprobado de manera indudable que el misterioso cráneo era el de Enrique IV. Pero la historia no termina aquí, porque sigue una serie de controversias: dos nuevos estudios cuestionaron los métodos empleados por Charlier, mientras que un tercer estudio confirmaba la tesis. La opinión pública, sin embargo, parecía estar convencida de la verdad de la versión de Charlier, en especial después de que este escribiera, junto a Stéphane Gabet, un libro titulado El enigma del rey sin cabeza. A causa de las disputas entre los hombres de ciencia la cabeza momificada, que debía ser inhumada en la catedral de Saint Denis, se conserva desde 2010 en la bóveda de un banco parisino.

La historia del cráneo

de Descartes

Al encontrarse en una difícil situación financiera y sintiendo que permanecer en Holanda —donde vivió durante veinte años— se había vuelto inseguro, Descartes, por invitación de la reina Cristina de Suecia, aceptó partir hacia Estocolmo en el otoño de 1649. Probablemente fue tentado tanto por la protección que le podía ofrecer una de las monarquías más poderosas de Europa, como por la generosa pensión que le fue prometida. La reina, sin embargo, era una varonil y excéntrica mujer que se mantenía lejos de cualquier coquetería, siguiendo los estrictos consejos de su padre, el rey Gustavo II Adolfo, quien murió en 1632 en la batalla de Lützen, cuando ella tenía seis años. Esforzándose en ser digna de las esperanzas que puso en ella Gustavo II Adolfo, trabajó mucho, dándose apenas dos o tres horas de sueño por noche. Su estricto programa le impuso pedir a Descartes que sus encuentros para las lecciones de filosofía fueran fijados a las cinco de la mañana. El ritmo del filósofo, acostumbrado a permanecer en la cama hasta casi las once, fue completamente trastocado. Además, tuvo que enfrentar el terrible frío del norte, y esto le llevó rápidamente al final. Descartes murió de neumonía el 11 de febrero de 1650 y fue enterrado en Estocolmo.

Por insistencia de sus amigos y sus admiradores, quienes gozaban de influencia en la corte de Luis XIV, se decidió que su cuerpo fuera llevado a Francia. Por orden del señor D'Alibert, transmitida en el mes de mayo de 1666. El cofre de cobre en donde se hallaba lo que había quedado del cadáver de Descartes, llegó a Francia en enero de 1667 gracias a las gestiones conjuntas del caballero de Terlon, embajador de Francia en Estocolmo en ese entonces, y del señor de Pomponne, quien sería su sucesor como embajador de Luis XIV en Suecia. Pero debido a que los escritos de Descartes fueron condenados entretanto encontrados sin cráneos y se presupone que uno por la iglesia, su cuerpo no fue protagonista de de ellos sería el de Enrique IV. Luego de más de un regreso triunfal ni logró recibir los elogiosos discursos preparados por sus admiradores. De modo que fue enterrado un tanto deprisa en la iglesia de la abadía de Sainte-Geneviève.

> Durante la Revolución francesa se propuso conducir el féretro al Panthéon; pero el proyecto fracasó, y los fragmentos del esqueleto de Descartes llegaron a diversas partes. Se logró reunirlos apenas en 1819, cuando fue enterrado en la iglesia de Saint-Germain-des-Prés, pero en esta ocasión se constató que faltaba el cráneo. Después de laboriosas investigaciones se encontró que el oficial sueco encargado del transporte del féretro fue quién robo el cráneo; pues consideró que este no debía regresar a Francia, un país incapaz de apreciar el genio de su más ilustre filósofo. Al llegar a manos de sus herederos, el cráneo fue vendido en una subasta, cambiansabio sueco Berzelius, quien se encontraba en París en 1819 y seguía con cuidado el escándalo, logró encontrar el cráneo en Estocolmo, lo

Muséum national d'Histoire naturelle, y, desde 1931, al Musée de l'Homme, donde se conservó en reserva, siendo expuesto solo en algunas ocasiones hasta la reapertura del museo en 2015.

Musée de l'Homme, 17 de agosto de 2016

Al volver con una beca de la École Pratique des Hautes Études en el verano del 2016, decidí ir al Musée de l'Homme para ver el cráneo de Descartes. Así como me esperaba, no reconocí nada: el espacio del museo fue transformado de manera radical, y el desorden del 2003 fue reemplazado con el radiante orden francés que conozco muy bien. Si en la primera visita al museo me sentí como en Slobozia, pequeña ciudad rumana; en la segunda tuve la impresión de ser transportado al Cabo Cañaveral. Si en el 2003 todo parecía polvoriento, anticuado, arrojado patas arriba; en el 2016 todo era aséptico, organizado, racional y rebosante de novedad. En lugar de afiches amarillentos, gráficos anticuados, planos desaliñados había pantallas, computadores, paredes hablantes. En el 2003 te paseabas entre maquetas descoloridas que te daban información sobre la altura promedio de los habitantes de la tierra empleando decenas siluetas hechas de caucho. En el 2016 sentías el olor del humo de la cueva de unos hombres de hace cuarenta mil años, te divertías en posiciones grotescas frente a unas pantallas interactivas para saber en cuál oficio encajabas, veías cómo se mostraría tu cara si fueras un hombre del Neandertal.

Fascinado por la nueva fachada del museo. que logró vencer mi resistencia e incredulidad en la tecnología, pasé de una a otra sala, y de un piso a otro, convencido de que a la larga iba dar con el cráneo de Descartes, al que imaginaba puesto en una vitrina especial, al lado de algunos detalles sobre su biografía y de las primeras ediciones de sus más importantes escritos. Después de casi tres horas en el museo llegué a la salida sin encontrar el famoso cráneo. No tuve más paciencia para comenzar desde el principio, pero había guardado en el bolsillo un plano del museo y me prometí volver cuando fuera a entrar al museo de la Marina, situado en el ala izquierda Passy a Palais de Chaillot. Cuando volví, después de algunos días, no tuve la energía suficiente para entrar también al Musée de l'Homme. Decidí encontrar el cráneo de Descartes con ocasión de la siguiente beca que me llevaría a París. En el verano del 2017, si bien volví a París, tuve un programa de actividades muy cargado, así que no tuve tiempo de buscar el cráneo. Me dije que no iba a perder otra ocasión más y en 2018 decidí cumplir la palabra.

Musée de l'Homme, 13 de agosto de 2018

En el verano de 2018, una vez volví a París, me propuse un paso rápido por el Musée de l'Homme, teniendo como único fin encontrar el cráneo de Descartes. Llegué al museo alrededor de las once, subí el piso, tomé un plano con el orden de las salas y comencé a buscar el cráneo. Conforme a las indicaciones del plan, el cráneo de Descartes se encontraba en la sala uno. Durante media hora busqué todos los objetos y las pantallas de la sala; pero el cráneo de Descartes no aparecía. Exasperado, pasé a la sala dos, me devolví y realicé sin éxito una nueva búsqueda. Encontré apenas algunas máscaras de Maramureş, que no me acordaba haber visto en el 2016. El cráneo de Descartes no estaba en ninguna parte. Incapaz de aceptar un nuevo fracaso decidí pedir ayuda al vigilante, un negro amable y grueso. Le expliqué qué buscaba, pero me dio a entender que estaba muy ocupado; no pado luego de propietario en muchas ocasiones. El recía convencido de poderme ayudar. Empecé a preguntarme si el famoso cráneo había sido sacado del museo sin que el público se enterara. El vigilante se quedó pensando un momento, luecompró por una ínfima suma y se lo ofreció a Cu- go, inseguro, me condujo frente a una vitrina y



de entusiasmo y comencé a mirar la vitrina con cierta impaciencia, deseoso de dar lo más rápido con el cráneo de Descartes. Si bien escruté cada inscripción con toda la atención posible y me fijé con máxima paciencia en cada cráneo, no di con el de Descartes. Era una vitrina con cráneos de gorilas, orangutanes y chimpancés.

Impaciente, me devolví donde el vigilante, cuya sonrisa se parecía mucho a la de Louis Armstrong cantando Hello Dolly. Le expliqué que no fui a la vitrina correcta y le mostré que apenas había algunos cráneos de simios. Sonriéndome más ampliamente, me aseguró que íbamos a resolver el problema y se dirigió hacia otros tres vigilantes. Se juntaron para hablar. Después de una corta discusión, regresó y me condujo a otra vitrina, diciéndome otra vez: "Ahí está". De nuevo le agradecí, pero esta vez sin mucho entusiasmo. Ya no estaba para nada convencido de que iría a encontrar el cráneo. Las primeras miradas arrojadas sobre la vitrina no fueron para nada prometedoras: vi el busto de Aristóteles esculpido en mármol negro y tres obietos modelados en cera: un cerebro de perro, un cerebro de mono y un cerebro de cerdo. Luego divisé la representación en papel maché de un hombre despellejado vivo, el esqueleto de un chimpancé colgado de una conforme a un cráneo: "Me acordaré siempre inmensas cuencas vacías. 🤄

rama, y también el busto de un orangután modelado con yeso. En algún momento, cuando empezaba a perder la esperanza, observé un cráneo terroso sobre el que apenas se distinguían las huellas de unas letras. Aprecié las notas explicativas de la parte inferior de la vitrina y tuve la confirmación: ¡era el cráneo de Descartes!

Solo después de haberlo examinado durante diez minutos desde todos los ángulos, me acordé de que el pobre cráneo debió soportar las fantasías de cada uno de sus diez propietarios, luego de haber sido vendido en la primera subasta por la familia del oficial sueco que lo había robado. Cada uno de ellos consideró necesario escribir algo sobre el cráneo, esperando, probablemente, que de esta manera su nombre estuviera asociado al del filósofo. Algunos no se detuvieron ahí y, bajo la influencia de las especulaciones frenológicas de boga en ese tiempo, sintieron la necesidad de observar que tenían que tratar con un cráneo increíblemente pequeño para alojar la genialidad atribuida a Descartes.

Existe una anécdota que circuló en París a comienzos del siglo XIX, anécdota cuyo autor permaneció anónimo y que reproduce perfecinsistían en descubrir las huellas del genio,

que Spurzheim me mostró un día, sin vacilación alguna, un cráneo modelado en yeso del cual me dijo que representa fielmente el cráneo de Descartes. Según las reglas frenológicas, este cráneo era el cráneo de un estúpido y no pude abstenerme de hacer esta observación. Spurzheim me mostró en vano las protuberancias frontales que no existían. Sin duda, él las veía; pero yo no las observaba. Obligado a la final, por la evidencia, terminó por decirme que, si el cráneo era tan famoso como yo esperaba, esto debería significar que Descartes no era un espíritu tan grande como se creía de costumbre. Al no poder agrandar el cráneo para acoger la genialidad de Descartes, decidió achicar la genialidad de Descartes para hacerla caber en el cráneo".

Mirando con una cierta melancolía el cráneo del genio francés, pensé en cómo sucede casi siempre lo mismo: intentamos entender hasta las últimas consecuencias las ideas de un gran espíritu, hacemos esfuerzos para que no se nos escape ni siquiera un matiz de su sofisticada visión sobre el mundo, nos esforzamos en no perder el sentido de alguna alusión o de alguna referencia obscura en un texto olvidado, y sin embargo terminamos inmóviles to el ridículo al que podían llegar aquellos que en última instancia frente a una calavera que nos contempla irónicamente a través de sus



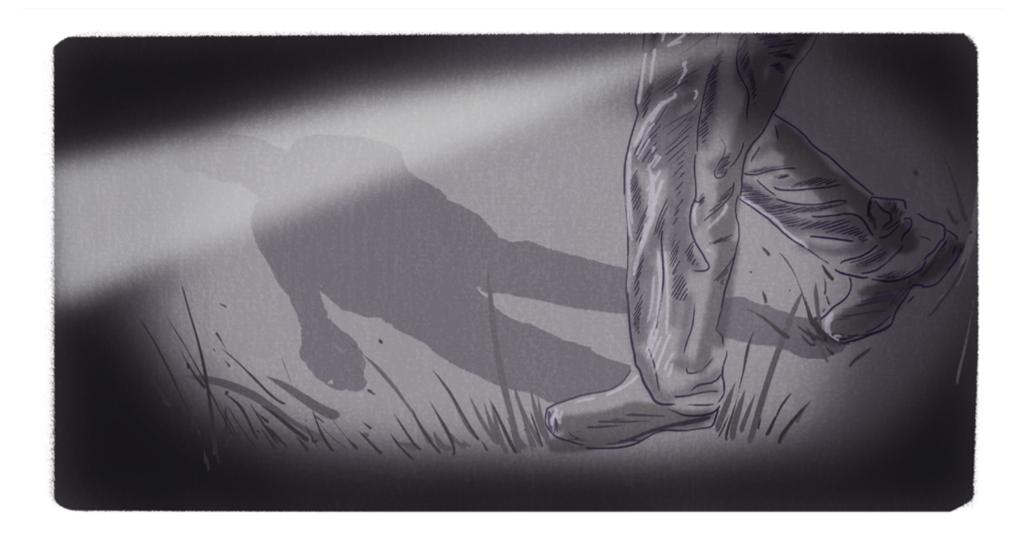
COMO ARRENDATARI@, -SI SIGO PERCIBIENDO RECURSOS-**HONRO MIS OBLIGACIONES Y PAGO MI ARRENDAMIENTO SOY SOLIDARI@ TOD@S PARA TOD@S**



MAVU 02

Bienes raíces - Consultoría jurídica - Miembros de La Lonja de propiedad raíz

El sobrino calavera



por SERGIO VALENCIA • Ilustración de Mónica Betancourt

os hombres vacían de cerveza sus oscuras botellas. Son las segundas que apuran y seguro agotarán unas terceras y cuartas pues el asunto que los amarra a los taburetes del bar es de aquellos tan largos como anchos: en Envigado se robaron el cráneo de un conocido filósofo después de violar su tumba.

- -Si esa bomba no da para que hagamos una película, estamos jodidos.
- Jodidos ya estamos, mano. Después del documental de la vida de Cochise nadie nos volvió a parar bolas.

Ese, ciertamente, fue un fracaso de arriba abajo. Tanto por la decisión de grabar la mayoría de escenas en tiempo real, subiendo y bajando en bicicleta el Alto de Minas, como por confiar en que el viejo ciclista estaba cuerdo. El pequeño promontorio, erigido a orilla de carretera, justo donde se despeñaron el camarógrafo y su ayudante al manubrio, siempre les recordaría esa salida en falso.

esa historia. Mirá: por allá en 1973 unos muchachos ritual; o metamos una toma de yagé; o mejor junteborrachos y trabaos se meten a medianoche al ce- mos todo eso. menterio del pueblo, a punta de piedra destrozan la lápida del filósofo más importante, que hasta había sido candidato a Premio Nobel, conocido nada menos mientras planeamos hacer una película sobre el robo que de Sartre, se roban el cráneo... y no hubo escándalo, nada, ni siquiera la esposa puso el denuncio, ni el gobierno hizo homenaje de desagravio, ni ordenó una investigación exhaustiva, ni una misita... nada. En una época en que por estos lados éramos todavía más mojigatos. Eh, eso es muy raro.

—Por eso te digo que la película está de papaya. El escándalo lo armamos nosotros revelando lo que no quieren que se sepa.

Y el uno empieza a exhumar los detalles mientras el otro los descarta con simples "eso ya lo contaron". Que la familia del escritor supo desde el primer momento que el cerebro de la profanación era un familiar cercano, integrante de la Barra de los 500. Que en el robo se llevaron sin querer otros dos huesos y que alguien los cubrió con pintura dorada. Que libro del Vago. fue canjeado por una cama de cobre antigua. Que

el cráneo rodó seis años, que primero estuvo en un apartamento del Barrio Mesa, después, en una especie de altar en una finca de El Esmeraldal, de ahí pasó en una casa de lo que hoy es el edificio Mi Morada hasta recalar en un taller de mecánica y en una residencia en Tresranchos, que tal vez viajó a Turbo y a la isla de San Andrés, y que terminó en los cenizarios de la Iglesia de San Marcos después de que, como la cosa más natural, fue devuelto sigilosamente el día del entierro de doña Margarita, la consorte.

—Digamos entonces que fueron los nadaístas los que se lo robaron. Gonzaloarango era un discípulo del vieio.

-Eso es tan obvio que se le ocurrió al alcalde. Al otro día del sacrilegio sentenció que había sido un hippie.

- -No sé... entonces digamos que todo lo tramó una logia espiritista, como esa del abuelo de Bush que se robó el cráneo de Gerónimo, el jefe apache; o —Es que hay una vaina que no me convence en que fueron unos mafiosos que lo necesitaban para un
 - —No tomés más
 - —¡La tengo, güevón! La película es que vos y yo del cráneo de Fernando González nos enloquecemos y decidimos meternos a un cementerio a robarnos el cráneo de otro filósofo. ¿Ah? Peliculaza.

-Ya estás muy prendo, parce. ¿El cráneo de quién? Si por aquí casi no hay filósofos... y que yo sepa Memo Ángel no se ha muerto.

—Por ahí nos rebuscamos uno. Y por el final no te preocupés, hoy en día lo que se usa es que el espectador se lo imagine. Eso sí, quitémosle ese título de *El* sobrino calavera.

Por fin algo productivo. Y otras dos cervezas para celebrar. ¿Qué es lo que se están craneando ustedes dos?, les pregunta la mesera entrometida y ellos se sonríen, cómplices.

- —Mañana, hoy mejor dicho, empiezo a leer algún
- —El Mago, güevón. El Mago de Otrabanda. ©

PESTE EN LOS ANDES

por JUAN CARLOS ORREGO • Ilustración de Sebastián Cadavid

esde los días en que los pri-América, a estas tierras las recorre el fantasma de la epidemia mortífera. Pedro de Cieza de León, en La crónica del Perú (1553), cuenta que las indias de las cercanías de Cartago dijeron haber visto a un heraldo nefasto de lo que, más heterogénea geografía nariñense. En los adelante, se convirtió en una fiebre que cerros del Imayá, en la hacienda Huilcobró la vida de muchos nativos y es- quipamba, tiene lugar la que, sin duda, pañoles. El mensajero, según las testi- es la principal entre las subtramas que gos, era "un hombre alto de cuerpo, el vientre rasgado y sacadas las tripas y inmundicias, y con dos niños de brazo". No lejos de ahí, los conquistadores vieron al mismo monstruo ir y venir sobre el sí, surge un terrible contratiempo: es- se le presentó la verruga característica. un caballo: iba rápido "como un viento" y sembraba la pestilencia por donde pasaba. Murieron todas las indias al servi-Siglos después, la gripe españo- ya mencionadas: "Llegó como un viento

la asoló el mundo al término de la Pri- colérico, como un mal aire súbito; y fue mera Guerra Mundial, y los Andes no asolando caseríos, diezmando poblaciofueron, propiamente, el lugar para resnes, empobreciendo vidas, desmedranguardarse. Ciro Alegría cuenta en sus do los campos. A veces llegaba sigilosa. memorias que, entre 1918 y 1919, la epi- A veces caía fulmínea como una garra". demia barrió la sierra peruana de mane- De acuerdo con los expertos —cuenta el ra implacable. Se lee en los apuntes del escritor: "A los mayores, la gripe llevábaselos por cientos. Los males nuevos son como los cuchillos nuevos: cortan que recorre el campo desaforadamente: bien". Los colegios mandaron a sus estudiantes de vacaciones y Ciro, adolescente, fue con una tía a la casa de una buena señora que vivía cerca del cementerio. En una hora pasaron cinco cortejos fúnebres, de modo que el futuro novelista y su pariente decidieron huir. Días después, Ciro emprendió viaje hacia la hacienda de su padre, en el norte del país. Entonces supo, de boca de varios campesinos, que la gripe se había dejado ver por los caminos: "Era una mujer de traje y rebozo blancos, montada en un caballo igualmente blanco, que galopaba de noche por pueblos y campos, calladamente, como una nube". Que el fantasma tuviera una apariencia más limpia que en la conseja escuchada por Cieza no lo hacía, sin duda, menos feroz.

José María Arguedas también supo, al otro lado del Perú, de los estragos de las epidemias. Un cuento suyo, "La muerte de los Arango" (1955), se echa a rodar con la noticia más desalentadora posible: "Contaron que habían visto al tifus, vadeando el río, sobre un caballo negro". El lector puesto en antecedentes no se sorprende al saber que en ese relato, ambientado en un rincón montañoso del departamento de Arequipa, incluso mueren los dos ricos del pueblo; y también encuentra previsible la nefasta escena que —como en el cuento de Alegría— incluye escolares y muchos ataúdes: "Cuando los cortejos fúnebres que pasaban cerca del corredor se hicieron muy frecuentes, la maestra nos obligó a permanecer todo el día en el salón oscuro y frío de la escuela. [...] Los indios cargaban a los muertos en unos féretros toscos: v muchas veces los brazos del cadáver sobresalían por los bordes". En el paroxismo de la epidemia, el sacristán discurre la que ve como única solución: hacer que el caballo de Eloy Arango uno de los dos ricos fallecidos— se precipite por un barranco. No parece del todo descabellado ese golpe certero contra el macabro y persistente simbolismo de la enfermedad.

poco o nada conocida, es una versión colombiana de la mortandad andina. Se trata de Chambú (1947), novela del escritor y abogado pastuso Guillermo de malas noticias, pero sí su angustia-Edmundo Chaves. El argumento lo componen las correrías del joven Ernesto Santacoloma por varios escenarios de la conforman la novela: la historia de amor de Ernesto y Gabriela, la hija de un rico agricultor y negociante de Pasto. Cuando el joven cree haber obtenido, por fin, talla una epidemia de bartonelosis que siega las vidas de muchos jornaleros y que, incluso, muerde la salud de Gabriela. La peste no es menos terrible que las

una pasión que no puede desfogar al verse separado de Gabriela, fatiga inútilmente a su caballo. No es mensajero do receptor: en su ir y venir se entera de que en el pueblo de Linares han muerto doscientos campesinos y en Samaniego más de mil, y que la gente solo encuentra el remedio de viajar al santuario de Las Lajas para pedirle, a su virgen rupestre, el milagro supremo. En la hacienda Hato Viejo, Ernesto encuentra, apenas, la anécdota desoladora que relatan los sobrevivientes: "Cerca al portal [...] murió un hombre que subía con el mal. No Se fue poniendo verde, mientras un dolor sin fin le iba mordiendo las entrañas. Los ojos se le desbordaron". Para colmo, alguien le cuenta al joven que Gabriela

Particularmente interesante, por ser el mismo Ernesto, quien, poseído por se entiende divinamente con el médico citadino que ha ido hasta Huilquipamba para tratarla. Entonces, a medias por despecho, el protagonista se entrega a labores humanitarias sin preocuparse por el contagio. En el mejor año agrícola, no hay brazos que recojan la cosecha. El día menos pensado la bartonelosis es arrastrada por el viento y Ernesto, con su heroísmo certificado, regresa a la hacienda donde se recupera su novia. Ella lo ve del otro lado de una ventana y lo confunde con un fantasma, pero, afortunadamente, no con uno agorero: el idilio se recompone y, pocas páginas más allá, Chambú llega a su final con plena salud.

> La recurrencia del tema epidémico en la literatura andina es, quién podría negarlo, el triste indicio de una amenaza real que jamás acaba de ser conjurada. De siglo en siglo —o de década en década- el aliento mefítico de la muerte pasa por la cordillera como un viento de estación. Queda el consuelo de poder leer la crónica de sus estragos, prueba de que, como quiera que sea, alguien queda en pie para escribirla. ©



El provincianismo portugués



por FERNANDO PESSOA • Ilustración de Fragmentaria

Traducción de María José Galeano y Jorge Uribe

ficios cómodos, con los cuales determinación de comprenderla, quisiéramos resumir a un síndrome el mayor de los males portugueses, diremos que ese mal consiste en el provincianismo. Es un hecho triste, pero no nos es exclusivo. Esa misma enfermedad la padecen muchos otros países que se consideran civilizadores, con orgullo y equivocadamente.

El provincianismo consiste en pertenecer a una civilización sin tomar parte seguirla, por tanto, miméticamente, con una subordinación inconsciente y feliz.

El síndrome provinciano comporta, por lo menos, tres síntomas flagrantes: el entusiasmo y admiración por los grandes ambientes y por las grandes ciudades; el entusiasmo y admiración por el progreso y por la modernidad; y, en la esfera mental superior, la incapacidad de ironía.

Si hay una característica que inmediatamente distingue al provinciano, es la admiración por los grandes ambientes. Un parisiense no admira París; le gusta París. ¿Cómo va a admirar aquello que es parte de él? Nadie se admira a sí mismo, salvo un paranoico con delirio de grandeza. Recuerdo que una vez, en los tiempos de Orpheu, le dije a Mário de Sá-Carneiro: "Usted es europeo y civilizado, salvo en una cosa, y en esa usted es víctima de su educación portuguesa. Usted admira París, admira las grandes ciudades. Si usted hubiera sido educado en el extranjero, y bajo la influencia de una gran cultura europea, como yo, no le importarían las grandes ciudades. Estarían todas dentro de sí".

El amor al progreso y a lo moderno es otra forma de esa misma característica provinciana. Los civilizados crean el progreso, crean la moda, crean la modernidad; por eso no les atribuyen mayor importancia. Nadie le atribuye importancia

que admira la producción. Dígase incisimplificamos la realidad por la dentalmente: esta es una de las explicaciones del socialismo. Si alguna tendencia pertenece a los creadores de civilización, es la de no fijarse bien en la importancia de lo que crean. El infante don Henrique, al ser el más sistemático de todos los creadores de civilización, no vio sin embargo el prodigio que estaba creando: toda la civilización transoceánica moderna, aunque con consecuencias abominables, como la existencia de los Estados Unidos. Dante adoraba a Virgilio como un ejemplo en el desarrollo superior de la misma: en y una estrella, nunca soñaría en compararse con él; y, no obstante, no hay nada más cierto que el que la Divina Comedia sea superior a la *Eneida*. El provinciano, sin embargo, se queda pasmado con lo que no hizo, porque no lo hizo; y se enorgullece de sentir ese pasmo. Si no lo sintiera, no sería provinciano.

> side el trazo más profundo del provin- do en francés, es un documento dolorocianismo mental. Por ironía se entiende, so. Incluso las páginas sobre Pacheco, casi no decir chistes, como se cree en los cafés y en las redacciones, sino el decir una cosa para decir lo contrario. La esencia de la ironía consiste en que no se puede descubrir el segundo sentido del texto por ninguna de sus palabras, deduciéndose sin embargo ese segundo sentido del hecho de que sea imposible que el texto deba decir aquello que dice. Así, el más grande de todos los ironistas, Swift, redactó, durante una de las hambrunas en Irlanda, y como sátira brutal contra Inglaterra, un breve escrito proponiendo una solución para esa hambruna. Propone que los irlandeses se coman a sus propios hijos. Examina con gran seriedad el problema, y expone con claridad y ciencia la utilidad de los niños de menos de siete años como buen alimento. Ninguna palabra en esas páginas asombrosas quiebra la absoluta gravedad de la exposición; nadie podría concluir, del texto, que la propuesta no se hace con absoluta seriedad, si no fuera

i, utilizando uno de esos arti- a lo que produce. Quien no produce es el por la circunstancia, exterior al texto, de que una propuesta de ese tipo no puede hacerse en serio.

> Esto es la ironía. Su realización exige un dominio absoluto de la expresión, producto de una cultura intensa; y eso que los ingleses llaman detachment (el poder de alejarse de uno mismo, de dividirse en dos, producto de ese "desarrollo de la amplitud de consciencia", en que, según el historiador alemán Lamprecht, reside la esencia de la civilización). Su realización exige, en otras palabras, no ser provinciano.

El ejemplo más flagrante del provincianismo portugués es Eça de Queirós. Es el ejemplo más flagrante porque fue el escritor portugués que más se preocupó (como todos los provincianos) por ser civilizado. Sus intentos de ironía aterran no solo por el grado de fracaso, sino también por la inconsciencia de este. En este Es en la incapacidad de ironía que re- capítulo A Relíquia, un Paio Pires hablancivilizadas, son estropeadas por varios lapsos verbales, que rompen la imperturbabilidad que la ironía exige, y arruinadas completamente por la introducción del desgraciado episodio de la viuda de Pacheco. Compárese a Eça de Queirós, no diré va con Swift, pero, por ejemplo, con Anatole France. Se verá la diferencia entre un periodista, aunque brillante, de provincia, y un verdadero, aunque limitado, artista

> Para el provincianismo solo hay una terapia: saber que existe. El provincianismo vive de la inconsciencia; del suponernos civilizados cuando no lo somos, del suponernos civilizados precisamente por las cualidades por las que no lo somos. El principio de la cura está en la consciencia de la enfermedad, el de la verdad en el conocimiento del error. Cuando un loco sabe que está loco, ya no está loco. Estamos cerca de despertar, dijo Novalis, cuando soñamos que soñamos. ©

En el principio fue calentura del Magdalena Medio. Allá se cocinaron los primeros paras, los grandes alardes del capo, las excursiones por tierra buena de los esmeralderos. Y se dieron la mano Ramón Isaza y Pablo Escobar, un guerrero curtido y un capo que ya no creía en nadie. Choque de trenes en tierras del viejo ferrocarril. Hubo fiesta y plomo.

La guerra con Escobar

por JUAN CARLOS CASTRILLÓN • Ilustración de Verónica Velásquez

recién llegado empieza la construcción yo narco. de una hacienda a la que llama Nápoles. Un terreno de ochocientas cuadras bien provocativas. Entran camiones llenos de obreros a forrar de cemento las orillas de Río Claro. Salen camperos escoltados por motos que ahuyentan los animales del río y alrededores.

A Ramón le preocupan las intenciones de Escobar en un territorio que empieza a controlar junto a su gente. El hombre que le vendió la tierra a Escobar le dice:

-Llegó un señor de mucha plata; incluso la cargan en tulas. Dice que va a comprar tierras de más allá y más acá; que va arborizar todas esas fincas. Parece que es un narco; no cualquiera carga la plata en tulas.

Después de pensarlo con tiempo, aprovechando las fiestas de la región, Ramón decide hacerle una visita a Escobar. Para que no quede duda de su buena intención va acompañado de un solo hombre v dos mujeres: reina y virreina en las fiestas del Magdalena Medio. La primera es una joven muy bella de diecisiete años, rubia, de piel blanca; la otra tiene dieciséis años, es trigueña, simpática, avispada. Después de esperar pacientemente, el señor Escobar lo atiende.

—Don Pablo, como usted sabe que somos muy pobres para hacer obras sociales, hacemos rifas, bazares... ¿Usted con qué puede colaborar? A ver si algún día tenemos agua potable en Las Mercedes —le dice Ramón.

—Si usted no hubiera venido, si hubieran venido las muchachas solas, tal vez, pero no hay nada que hacer, lo mejor será que me desocupen la hacienda —respondió Escobar.

A las diez de la noche de ese mismo día Ramón recibe una carta de Escobar con un mensaje: "Señor Ramón, para saludarlo. Le solicito que piense con juicio, pues por mi parte lo tengo claro, necesito que se vaya de la región, porque si no me veré en la penosa obligación de sacarlo, tengo muchos hombres en Medellín para meterle".

Ramón lee la nota, no tiene papel para dar su respuesta, entonces escribe al reverso de la hoja: "Señor Pablo Escobar, también me veo en la penosa obligación de decirle que de aquí no me voy, no tengo negocios con narcotraficantes. Desocúpeme usted la región".

Ramón no es Henry, que solo carga una pistola, tampoco asiste a gallos ni a fiestas; lleva siempre un Galil encima y no lo carga solo por mostrarlo, sabe que con Escobar no hay entendimiento y se repite afirmando su convicción de guerrero: si toca, nos matamos.En plidos —contesta. 1989 matan a Gonzalo Rodríguez Gacha, amigo y socio de Henry. Escobar lo cita a reunión. Es evidente que la confianza no es la misma con los socios del cartel de Medellín. Henry invita a Ramón que llega acompañado de diez de sus hombres. Henry lleva otros diez. La reunión se celebra en la hacienda Nápoles. Al llegar, Escobar los espera en el patio en una mesa; su seguridad no es tan grande como esperaban; está acompañado de seis hombres, entre ellos Popeye y el Arete. Los tres están fumando marihuana. La reunión no tiene un ambiente cordial, el capo no les ofrece ni una limonada, en su mano tiene un cuaderno y con voz firme les dice:

—A lo que vinimos. El caso es el siguiente, tengo que acabar con la Policía Antioquia. Yo voy a hacer una república independiente, el presidente de esta república soy yo.

Abre el cuaderno que lleva en su mano y lee tres nombres de ganaderos de la región.

-Estos señores no quieren cooperar con nuestra guerra contra el Estado, necesito que los guarden un rato para que se ablanden. Ahora que mataron al Mexicano hay que tener mucha plata para afrontar lo que se nos viene.

Henry y Ramón se miran; sus códigos no aprueban secuestros. Además, Ramón y Escobar ya tuvieron su tacta el padre de Henry Pérez.

sus oídos llegan rumores del arribo de un disputa, el capo apuesta a que Henry, más obediente, señor Escobar que bota plata y ruido. El le va a copiar, igual su organización depende del apo-

> —Mire, señor Escobar, nosotros lo respetamos, pero cuando creamos esta asociación lo hicimos para combatir a la guerrilla, que es la que secuestra a los ganaderos, nosotros no somos secuestradores, podemos hacer otros negocios... La respuesta de Henry sorprende al capo.

> —Don Pablo, ¿usted sí cree que alcanza esa meta? El Estado es Estado, y cuando usted mate cincuenta, le meterán mil; cuando mate mil, le tendrán rodeada toda esta hacienda —agrega Ramón.

-Hermano, ¿a usted quién lo invitó a esta reunión? —pregunta Pablo.

—El señor Henry —contesta.

—Desocúpeme la hacienda que no lo quiero ver aquí —y continúa, dirigiéndose a Henry—. Es que yo necesito que todo el mundo me ayude en mi causa, porque el que no está a mi favor está en mi contra, entonces ustedes deciden.

—Si es para eso de secuestrar, no estamos a su favor —responde Henry.

—Entonces son mis enemigos, les doy unas horas para salir, después de eso, somos enemigos —senten-

Ramón se tira el fusil de lado, pone el dedo en el gatillo, se retira caminando de lado y sin perder de vista ni a Escobar ni a sus hombres. Cuando llega a la puerta, uno de los escoltas del capo grita:

—Ábranle al señor y no me lo vuelvan a dejar entrar. Ramón trata de esconderse entre unos árboles de limones. Algunos de sus muchachos llegan y les dice:

—No, córranse que voy a estar pendiente; de pronto nos matan al comandante.

A lo lejos, Ramón ve que discuten. Escobar manotea. Henry da muestra de que no está de acuerdo con lo que le dice. Finalmente el capo se pone de pie, le da la

-Henry, deje ese vicio de cargar solo una pistola, donde no pueda entrar con el fusil, no entre —le dice

-Esta alianza con Escobar se acabó. A partir del lunes a la medianoche empieza la guerra —contesta. Ramón con malicia le dice:

—Hermano, démole ya, démole ya —y levanta

—Nosotros los hombres también podemos ser cum-—Nosotros somos veinte, él tiene seis hombres —le

—No, déjelo que yo después me hago cargo —dice

Henry terminando la discusión. Al día siguiente, por radioteléfono: "Buenos días a todos los móviles del Magdalena Medio, les habla 20, a partir de hoy estamos en guerra con el señor Pablo Escobar, alias el Monstruo".

Al escuchar el audio los hombres quedan sorprendidos v preocupados.

A Escobar no se le vuelve a ver en la región y cuando aparece lo hace con una guardia imbatible.

Ramón se queda en Las Mercedes y Henry se refugia en Puerto Boyacá. El enfrentamiento con el capo es una guerra fría, de intimidación y uno que otro muerto de colaboradores de ambos bandos. Escobar se preocupa por infiltrar la fuerza pública.

La situación de amenazas y temores es extrema, solo tiene 48 hombres con armas rudimentarias; pero Ramón nunca se esconde. Cuida en extremo su seguridad, pero sale a su acostumbrado "proselitismo" en La Danta y Las Mercedes, convites, reuniones, entregas de regalos. A los ocho días de ese sello de guerra, lo con-

-He recibido una noticia de que usted se deja mangonear de Pablo —le reclama enérgicamente—. Hermano, ¿usted es capaz de sacar ese viejo de ahí o lo muevo para otra parte?

—Las cosas no son así, nosotros hicimos un compromiso de trabajar en común toda el área, le peleamos a la guerrilla, ese es el principal objetivo —responde Ramón.

—¿Usted le tiene miedo a Pablo? —dice el padre

-Yo primero tengo que seguir el conducto. Déme

A los dos días lo llama Henry:

-Viejo, tráigase tres carros de los suyos, cada carro con cinco hombres atalajados.

Días antes le había dado seis fusiles nuevos.

—Listo, señor.

Limpiaron los fusiles para la ocasión y arrancaron al encuentro con Henry.

-Vamos a ver si le hacemos una jugada a Esco-

Su inteligencia ha sabido que estará por la región. Empiezan a preparar un operativo para atacarlo. La información viene de un teniente de la policía, pero el hombre tiene otros planes y otro socio. Viaja a Medellín y contacta a gente de Escobar, pacta un negocio y planea una emboscada para Henry y Ramón que creen van a cercar a Escobar. Todo queda en suspenso, se cansan de esperar la información sobre la llegada del Monstruo.

Es 20 de julio de 1991, doce días atrás Escobar asesinó al padre de Henry Pérez. Ramón y sus hombres regentan una fiesta en El Prodigio, un corregimiento del municipio de San Luis. Preparan cinco novillas para darle carne a todos, como celebración por la fiesta de la Virgen del Carmen; carne y regalos para todos. Suena el radioteléfono:

-05, 05, 05. Señor, acaban de tumbar a Henry. Está vivo, necesitamos sangre. ¿Quién tiene sangre O positivo? Henry es devoto a la Virgen del Carmen y la Santí-

sima Trinidad, en ellas está su fe y por eso les rinde homenajes y les hace monumentos. Antes del asalto uno de sus hombres de confianza le recomienda llevar los fierros. Henry se niega por ser la fiesta de la Virgen. Cuando se prende el candeleo dos de sus hombres alcanzan a matar dos de los de Pablo. Pero basta el primer rafagazo para que Henry caiga.

Tras recibir el mensaje, Ramón se sube a su camioneta con cuatro hombres y salen con el furor de una ambulancia. Al llegar reciben la noticia de la muerte de Henry. Ramón se da cuenta de que todo cambió; tendrá que frentear la situación. Es el gran golpe de Pablo Escobar Gaviria a sus aliados, es un golpe direc-

La guerra está dura, la información va y viene por las calles de Doradal y Puerto Triunfo. El capo compra cada día algún colaborador de la región, no está dispuesto a resignar su zona de veraneo y reforestación. Ramón se entera de que Pablo gira dinero a alias Capulina, un administrador de transporte de volquetas que supuestamente es cercano a las AUC, pero que al parecer señala a los "trabajadores" de Ramón. Y así, de un lado y otro llegan delaciones y confesiones que nutren esa guerra fría. ¿Quién es? ¿Dónde está para caer-

Lo que es claro es que poco da la cara en la región; desde Medellín manda sus comandos de sicarios y forma su ejército de informantes y asesinos, incluso el dinero le alcanza para comprar muchos hombres del Cuerpo Élite que lo persigue.

La plata para la organización se pierde, las finanzas del grupo se vienen al suelo. Esto lleva a Ramón a contarles a algunos ganaderos y empresarios la intención

de Escobar de secuestrarlos. Comerciantes y dueños de las tierras deciden darle su apoyo; le temen a Escobar pero tienen claro que el capo solo piensa en su guerra con el Estado.

La estrategia de Isaza es infantería para el monte, grupos de ocho hombres tratando de abarcar la mayor cantidad de territorio. Alias Teniente es el segundo al mando, mientras que del lado de Escobar el Zarco acecha los pasos de sus enemigos. La orden de Ramón es clara:

—Todo lo que huela a Pablo Escobar, con o sin orden mía, hay que tirarlo al piso; vamos a usar su misma estrategia, golpear y tomar de nuevo el monte.

Un grupo de cincuenta hombres de Escobar se toman La Danta a sangre y fuego, matan dos cercanos de Ramón, Luis Muelas, su sobrino, y alias Cosiaca. Amenazan toda la familia de Isaza en el corregimiento. Ramón y alias Gato montan un operativo para darles caza pero se evaden. Toca pelear la guerra con inteligencia y buscar posibles informantes y colaboradores de Escobar. Pero el capo tiene más plata y experiencia en infiltrar y logra influir a alias Canario, un hombre de Isaza.

—Hijueputa —vocifera Ramón al enterarse—, si se me torció Canario, ¿entonces yo en quién confió?

Dicen que le ofrecieron cien millones de pesos para que entregara a Isaza.

Por sus aliados e influencia, San Miguel es una zona estratégica para la organización, deben acostumbrarse a la ruta que desde allí conduce a Puerto Triunfo. Tener el control de la zona y asegurar que sea segura es prioridad para Ramón, pero el largo trayecto hace prácticamente imposible la tarea. Andar en un carro por una trocha a sesenta kilómetros por hora, con la parca sobre el techo se vuelve rutina. En este viaje los acompaña el sonido asfixiante de las chicharras. El campero Land Cruiser está bajando Buenos Aires, al volante Macguiver, escolta el Enfermero, atrás Ramón. Como en una película de Vietnam o de Van Dam, los tres tripulantes pueden advertir unos segundos antes el rocket que los busca. Solo Macguiver y Ramón alcanzan a invocar a la Santísima Trinidad. El conductor hace una maniobra y milagrosamente el rocket pasa debajo de la camioneta, solo se escucha el estruendo del cohete contra el barranco. Macguiver acelera al fondo, cien kilómetros por hora, se escucha otra explosión, pero resultan ilesos.

Es difícil tomar venganza sobre el capo de las drogas más poderoso del mundo. Isaza lo comprende con un poco de resignación, pero hasta en la guerra el destino da oportunidades de tomar desquite. Recibe una llamada por el radioteléfono.

-Viejo, acaban de hacer un robo en una joyería en La Dorada Caldas, es una banda de siete, se llaman Los Piscos, se llevaron muchas joyas, salieron como un tiro rumbo a Medellín... En la trampa a ver qué pueden hacer ustedes.

Ramón, conocedor al detalle de la autopista Medellín-Bogotá, decide darles caza a la altura de Campo Verde, los hombres de Escobar, en su desconocimiento de la consolidación de Isaza en la región vienen tranquilos. Al frente de la operación está alias Pedrucho, apenas ven asomar la camioneta en la curva, los hombres de Isaza abren fuego, caen el conductor y el acompañante, los otros hombres de Los Piscos tratan de responder, pero reciben disparos por donde asoman, dos alcanzan a salir de la camioneta, pero Pedrucho se los baja. Luego empacan los cadáveres en la parte de atrás de un furgón, los transportan hasta La Josefina, donde los dejan tirados para que hagan el levantamiento. Las joyas se las entregan a Ramón, que las devuelve personalmente al dueño de la joyería, tiene claro que su mejor aliado en esta guerra es la misma comunidad.

Son años en los que día a día tienen que evadir atentados, desenredar

Élite cita a Ramón a una reunión para cuadrar una especie de pacto, faltan tres minutos para llegar al sitio de encuentro, el líder de las AUC y sus hombres van bien enfierrados y precavidos. Isaza la presentía, el Cuerpo Élite abre fuego, logran herir a Isaza que se lleva tres tiros en una pierna, Cachiris, uno de sus hombres, tiene un balazo en el cuello. Como pueden logran pasar la emboscada. Al llegar al lugar definido para el encuentro aparece el comandante de la policía que tiona—.¿Quién está manejando la genlos había citado, Ramón le reclama:

-Hijueputas, me entramparon. El comandante lo niega, seguro fueron otros hombres de la policía al servicio de Escobar, lo trasladan al hospital de Puerto Triunfo. Un día más que sobrevive.

Isaza se recupera del atentado, diez días después Las Mercedes amanece con policías. Aprovecha sus contactos con las fuerzas militares y llama a un general.

-Mañana, a las 5:00 a.m., Pablo Escobar estará preso —informa el oficial. —General, lo que necesite, lo tiene; si ne-

cesita guías, los tiene —le contesta Ramón. —De pronto —cierra el militar.

intrigas, ajusticiar torcidos. El Cuerpo para esconderse, pero un hombre de las fuerzas especiales alcanza a notarlo. —Hey, hey, pare, pare —le grita. Por un instante Ramón piensa seguir

río abajo, pero el hombre le apunta, entonces nada hasta la orilla. -¿Cómo se llama usted? —le pre-

gunta el policía. -Yo me llamo Ramón Isaza.

—¿Dónde trabaja usted?

—Pesca, caza, cultivo —el policía no lo identifica, así que Ramón lo cues-

El policía le señala al mayor a cargo, quien se acerca y se dirige a Ramón:

—¿Usted qué hace con una pistola y granadas?

—Soy Ramón Isaza.

—¿Qué pasa que usted no ha sido capaz de matar ese hijueputa aquí en el rumor de que el pueblo está sitiado por la región? —le increpa el mayor y am-

—No es tan fácil, señor.

Al parecer el capo había sido avisado y en la noche, antes del operativo, abandonó la región.

Pablo mueve sus fichas en ese juego de tierra caliente, busca mercenarios caliente, que todos están advertidos. Les recomienda ir por Doradal y regresar por otro camino.

Al volver no hacen caso. Dos días antes Macguiver, en compañía de Ramón, vieron en esa misma carretera a un hombre sospechoso cercando con un tarro de manteca en la mano. Faltando veinte minutos para entrar a Doradal se escucha el brillo de las melodías decembrinas, todos en la camioneta están armados como toca, con el aguinaldo al hombro, lo que les da un poco de seguridad ante tanta incertidumbre. El de menos es Macguiver que lleva una granada en un bolsillo, una pistola en la pretina y el volante de la camioneta. Aunque hay un letargo de tranquilidad, Macguiver tiene un mal presagio.

-Hermanos, saquen esos fusiles, nos pueden dar —advierte.

No había más acelerador para ese carro, de pronto, dos barricadas, no pueden verlas porque las montaron después de una curva, la emboscada es inevitable, las descargas rápidas y prolongadas de los hombres de Escobar llegan como abejas. El Enfermero, como puede, responde, pero ellos están protegidos por las





Llegaron once helicópteros cargados de soldados, veinte camiones llenos de hombres de la Policía Militar. Es una ofensiva, Escobar mató quince policías de Río Claro a Samaná. Ramón no confía en la fuerza pública, así que ordena a sus hombres tomar resguardo, buscar los caños y no caminar, arrastrarse. Ese día quiere aprovechar que el capo puede estar descuidado y sitiado. Quiere meterse solo para tumbarlo. Lo hace por el río, conoce la zona, piensa entrarle cerca de un sitio que se llama Puentelata. Cuando asoma al filo, solo ve cabezas de policías por todos lados y cinco helicópteros. Se echa a rodar, agarra el Galil y lo esconde, se queda solo con la pistola y dos granadas, se mete entre las hojas de plátano, quita algunas hojas dañadas y se monta en e y que le preste el carro para llevarle en un tronco río abajo, cuando llega al a la novia. Le dice que irá acompañado puente de Cocorná ve que está lleno de de Macguiver y el Enfermero. Ramón le policías, inclina su cuerpo hacia un lado advierte a su hijo que la ruta está muy

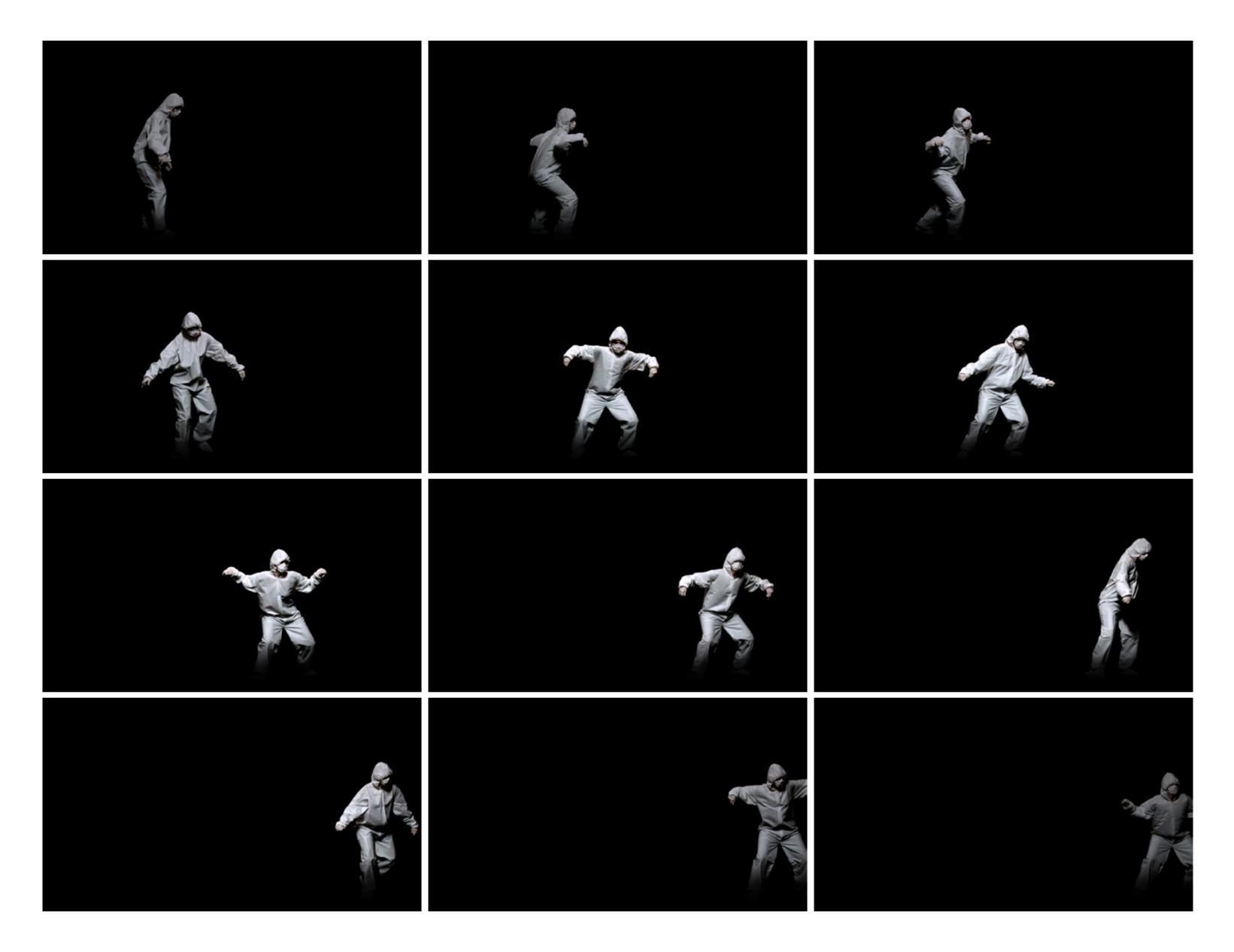
en Boyacá para darle un golpe a Ramón. A cambio de dinero, soborna al Zarco, a Santo Hermano y a 17, un sargento del ejército con fama de torcido. Ellos le ofrecen a Escobar la forma de matar a Ramón, los rumores hablan de quinientos millones si lo logran. Ante tanto agite Ramón ordena cambiar de rutas.

—Vamos por La Danta, así nos toque dar más vueltas.

La carretera está vacía, tenebrosa, se topan con un ternero bermejo que asocian con un mal presagio. Es una raza extraña, una especie de aparición. Pero ordena seguir de largo.

Es 24 de diciembre, Roque mata una novilla para celebrar, Jhon le dice a su padre que le regale dos kilitos de car-

barricadas, la pelea no es pareja. El primero en morir es Jhon. El Enfermero trata de escabullirse y recibe un tiro. Como puede, a punta de cabrilla, Macguiver saca el carro de la emboscada, con las llantas en el suelo la camioneta va dando tumbos. El conductor siente el nudo de la muerte que trata de rodear su cuello, un nudo de miedo que aprieta, pero para él v el Enfermero ese no era el día. Fue todo para Jhon, cinco tiros en la cabeza. Al llegar a Las Mercedes la destrucción de la camioneta asusta, la cantidad de disparos, lo cerca que pasaron de aquella granada que Macguiver tenía en su bolsillo. es un milagro que no estén todos muertos. Pero esa pérdida para un padre es un dolor que enmudece el alma. Aunque quiere llorar, no hay lágrimas. Ramón nunca llora, se traga el llanto, lo cambia por un silencio prolongado, todos saben que quiere que lo dejen quieto. ©



David Escobar Parra **Tiempo de perros mudos**Fotofija de video
Instalación video multicanal, sonido 5.1

Duración: 8'37"

2020

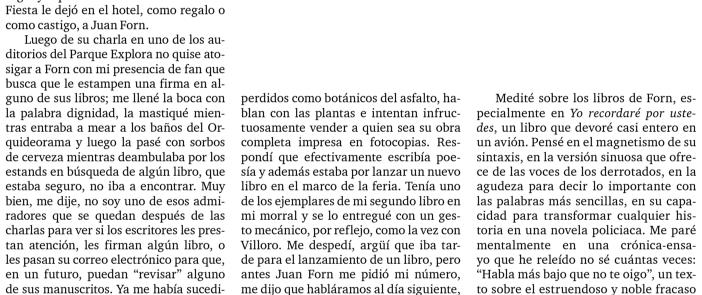
Conversaciones alrededor de un jardín

por SANTIAGO RODAS • Ilustración de Samuel Castaño

onocí al escritor argentino Juan Forn en la Fiesta del libro y la cultura del 2018. Las cosas sucedieron de manera más o menos inesperada, y lo que en un primer momento supondría una tensión incómoda entre dos personas que no se conocen, pero que quieren ser cordiales entre sí, se convirtió en un paseo alrededor del Jardín Botánico para hablar sobre Medellín, sobre Fernando Vallejo, la violencia en la ciudad, la Argentina de hoy, la editorial Emecé, su maestro Abelardo Castillo, sobre los poetas rusos, entre otros temas bastante triviales, y por ese mismo hecho, importantísimos para mí. Todo, envuelto en el humo desganado de una mariguana paraguaya que otro escritor invitado a la Fiesta le dejó en el hotel, como regalo o como castigo, a Juan Forn.

Luego de su charla en uno de los auditorios del Parque Explora no quise atosigar a Forn con mi presencia de fan que busca que le estampen una firma en alguno de sus libros; me llené la boca con la palabra dignidad, la mastiqué mientras entraba a mear a los baños del Orquideorama y luego la pasé con sorbos de cerveza mientras deambulaba por los estaba seguro, no iba a encontrar. Muy bien, me dije, no soy uno de esos admiradores que se quedan después de las charlas para ver si los escritores les presen un futuro, puedan "revisar" alguno de sus manuscritos. Ya me había sucedido con Juan Villoro una vez y no me volvería a pasar. Tenía, como se dice, callo para afrontar los hechos. Dos años atrás yo acepté. Llegué tarde al lanzamiento y le entregué un libro mío a Villoro y lue- por poco no pude entrar. go, presuntamente, lo rifó entre los botones de un hotel prestigioso en Medellín. Me gustaría conocer a la persona que se ganó el libro, saber si lo leyó, si le habrá gustado, o si el libro duerme el sueño de los justos en alguno de los locales del Pasaje La Bastilla, con mi dedicatoria para el alopécico escritor mexicano.

A las ocho de la noche, en medio del sonido de los aguaceros característicos que se desploman sobre la Fiesta del li- so de dealer. No era la primera vez que de mis servicios para conseguir la dobro, en el estand de Libros del Fuego pasaba y no sería la última. Algo en mis sis mínima, pues otro escritor, del sur carios. Le expliqué que la verdadera igle-—al que fui durante toda la feria, regu- ojeras, en mis maneras descuidadas o en larmente, a tomarme unos rones vene- mi piel blancuzca que va, peligrosamen- del producto de procedencia paragua- otro municipio llamado Sabaneta. Pero zolanos con Rodney y con Alberto, los te, del verde al amarillo podría inducir a ya. Hasta yo, un total inculto en temas esos barrios que rodean la iglesia son editores— vi a Juan Forn que hablaba con Rodney de algún libro. Fui pre- mo que yo era un simple vehículo para sentado. Mucho gusto, Santiago Rodas, le dije. Juan, dijo él. Rondey le mencionó algo acerca de mi poesía y Juan Forn mis libros se volvían nada, se deshacían pareció interesado. Pensé en la palabra dignidad removiéndose entre mis jugos gástricos, quitándose restos de comida a medio digerir, subiendo, lentamente, era mi poesía lo que le interesaba al espor mi tráquea hasta mi garganta. Volví a sentir el mismo regusto amargo de otras veces, las diferentes formas de la cigarro de marihuana con mis amigos, tensión corporal, el sistema nervioso que chispea sus electricidades. La situación me resultaba bastante incómoda, exigía una especie de normalización de mi parte, para que el autor de la Contratapa del diario Página 12 no creyera que yo era uno de esos poetas locales y la que con la que estoy en desacuerdo,



él estaría con su esposa en la Fiesta. Así

conversamos con más calma, explicó, y

Al día siguiente en la mañana re-

cibí un mensaje en el celular. Era Juan Forn, pidiéndome dos cosas. La primera, que nos viéramos en la tarde en el estand de Libros del Fuego. La segunda, un poco de mariguana, para sopesar mejor la tarde calurosa en el valle de Aburrá. Ante lo imprevisto del recado, lo primero que se me vino a la cabeza fue cualquiera. Luego me expliqué a mí mistransportar drogas al interior del Jardín Botánico. Una mula libresca. De nuevo en pedacitos minúsculos hasta desaparecer en medio del chisporroteo sociológico de la literatura. Estaba claro que no

pero como casi siempre todos los caminos conducían al Barrio Antioquia. Me resigné a la idea y me debatí si sería ético para mí, que soy un consumidor mediocre, perezoso, de no más de cuatro o cinco veces por año, hacer una compra con metafísicos que deambulan con los ojos por varios motivos que no vienen al caso.

Medité sobre los libros de Forn, especialmente en Yo recordaré por uste- de María Gainza, de su relación de nédes, un libro que devoré casi entero en un avión. Pensé en el magnetismo de su sintaxis, en la versión sinuosa que ofrece de las voces de los derrotados, en la agudeza para decir lo importante con cidad para transformar cualquier historia en una novela policiaca. Me paré mentalmente en una crónica-ensayo que he releído no sé cuántas veces: "Habla más bajo que no te oigo", un texto sobre el estruendoso y noble fracaso de Robert Walser, en la búsqueda vana e incierta de su carrera como escritor. Ahí, en ese texto, me hice una especie de habitación propia, a la que recurro, cada tanto, para encontrar un rumbo cuando creo que todo está perdido.

Al mediodía, con el sol fritando en aceite viejo a las pobres gentes de este valle, recibí un segundo mensaje del escritor argentino. Me aclaró que había leído mi libro y mencionó uno de los poemas en el que Luis Tejada defiende a golpes su poema Suenan timbres. que yo tenía cara de marihuanero, inclu- Además, aclaraba que ya no necesitaba del continente, le había dejado un poco sia quedaba en el sur de la ciudad, en mariguaneros, me sorprendí de que a alguien se le ocurriera traer paraguaya, que tiene fama internacional por su baja calidad, a la ciudad con la marcha cannábica más grande del país.

Me encontré con Juan Forn en el Jardín Botánico. Caminamos por los pasillos de la feria como si estuviéramos interesados en algo. Tenía pensado hablarle de sus libros para que Intenté por vía rápida conseguir el él allanara un terreno de comodidad, sintiera que conversaba con un lector de su obra, y así, con un par de elogios sutiles, filtrados entre la cinco con cincuenta, se rompieran el hielo entre los dos. Sin embargo, no fue necesario. Conversamos de cualquier cosa, con tranquilidad, o esa fue al menos mi primera impresión. Es un tipo rela-

Él me habló con soltura de los textos mesis con Alan Pauls, de sus estudios con Macri en la escuela, de por qué hablaba deliberadamente mal en inglés (para ocultar su procedencia de alcurnia en algunos lugares), de por qué dejó el alcohol, de su huida de Buenos Aires a la playa, de sus anécdotas con escritores que admiro, de Piglia, de Borges, de Gombrowicz, de sus amigos que ya murieron.

Decidimos que era hora de dar una vuelta por los alrededores. Quería fumarse el porro tranquilo y podíamos aprovechar para descansar de la algarabía del lugar. Caminamos por el costado del Jardín Botánico que da a Moravia y hablamos de la arquitectura de esa parte de la ciudad, de los ladrillos que se chupan el sol de un trago, del basurero que reposa debajo de todas las casitas, que cada tanto se incendian por el gas metano reposado adentro de la montaña. Él mencionó el parentesco con algunas de las villas en Argentina.

Seguimos el borondo. De lejos despuntaron las cruces de la iglesia de Manrique y él me preguntó si esa era la iglesia que relataba Vallejo en La virgen de los si-Metrallo, el Medellín que Vallejo ubica en el segundo piso del valle, a los que el narrador expresa que le da pánico ir.

Hablamos de la novela de Fernando Vallejo, de su recepción en Buenos Aires, de los homicidios en esta ciudad durante ese año, más de 350 hasta ese momento.

Con un gesto acostumbrado, Juan Forn prendió el cigarro de marihuana y siguió hablando como antes, sin temor a unos policías bachilleres que caminaban más adelante. Se los señalé y tan solo atinó a bajar el ritmo de sus pasos. Se dio sus plones y me ofreció. Pensé en lo que me habían dicho sobre el mate. que, por respeto, no puede uno negarse a recibir la bombilla, porque es de mala educación. Me di los plones, también, por educación y por la unión de América Latina: Colombia, Argentina y Paraguay. El sabor de la paraguaya confirmaba su procedencia, supuse que su efecto sería mínimo.

Completamos el recorrido alrededor del Jardín Botánico, antes de llegar a Carabobo apagó el porro y guardó el sobrante en papel aluminio. Nos reímos de algo que no recuerdo con seguridad.

Entramos de nuevo a la Fiesta del libro con un semblante risueño, sosegado. Antes de encontrarnos con su esposa, vimos un performance de los estudiantes de la Universidad de Antioquia que protestaban por los recortes en el presupuesto y entregaban volantes para explicar cómo, por parte del Estado, se desfinanciaba la educación pública.

Aproveché la confusión generada por los estudiantes y el estado de liviandad que adormecía mi cerebro, para decirle a Juan Forn que había leído no sé cuántas veces "Habla más bajo que no te oigo". Por esa crónica-ensayo conocí a Walser. Le expliqué que, en los momentos difíciles de mi escritura, recurría a ese texto como una pócima, que, contrario a curarme, me hacía entender, una y otra vez, que la escritura no tenía sentido, que justo ese sinsentido, era, en definitiva, por lo que había que batallar, mantener el sinsentido a flote, no perderlo de vista, sentarlo en las rodillas y encontrarlo amargo, pero también necesario. Le comenté que ese texto era para mí una lección del fracaso que hay que buscar siempre, una búsqueda incesante, en el sentido de Walser, de la blancura insondable de la nieve y las caminadas largas que no dejan ninguna huella. En definitiva: un encuentro con el silencio y con la soledad afuera de tanto alumbrado público del que se precia la literatura, o al menos su versión más sociológica.

Juan Forn se quedó callado un momento, como si le hablara en una lengua que no conociera, se encogió de hombros y luego me dijo que no importaba tanto todo eso. Es pirotécnica lo que decís, dijo. Y me invitó a su casa en Gesell, en la playa, en la que me podía quedar, si quería, por una semana.

Allá conversamos con más calma, remató. ©

Una chica en paracaídas

por JUAN FORN

n 1922, el joven Yasunari Kawabata contó, en el folletín que estaba escribiendo por entregas para un diario de Tokio, que acababa de ver descender del cielo una brigada de sonrientes chicas paracaidistas. Como el diario era de gran tirada, mucha gente lo repetía como si lo hubiera visto: del cielo de Tokio caían chicas en paracaídas. El ruso Boris Pilniak estaba en Japón por esa época. Cuando volvió poco después a Moscú empezaron los años difíciles, para él y para muchos otros. De la caída en desgracia de Pilniak ya hablé en estas páginas y de su colega nipón también, pero lo que nunca conté (porque lo descubrí hace muy poco) es la elíptica influencia que tuvo Kawabata en uno de mis autores rusos favoritos. Me refiero a Andrei Platónov, el mejor amigo de Pilniak, que cavó en desgracia como él cuando tuvo la peregrina idea de escribir una novelita llamada *Moscú la dichosa*, donde una chica huérfana llamada Moscú Chestnova (porque fue criada por la Revolución) estudia para ser paracaidista y, en un momento memorable y fatídico, desciende del cielo de Moscú fumando un cigarrillo.

Del cielo de Moscú, en esos años, no podía esperarse que descendieran muchas cosas buenas. Pero lo que hace Andrei Platónov con esa escena es una novela inolvidable. Y yo no puedo evitar imaginar a Pilniak contándole la escena a Platónov en alguna caminata por las calles moscovitas (el único lugar donde se estaba a salvo de oídos indiscretos) tal como se la habían contado a él en Tokio. Creo que al propio Kawabata lo hubiera conmovido la escena no menos que la visión aérea que tuvo aquella tarde en Tokio; me refiero al momento en que Platónov miró el cielo de Moscú y se imaginó qué pasaría si caía en ese instante una chica en paracaídas.

Platonov era un soñador. Y, en ese gran quilombo que era la Rusia de los primeros años soviéticos, un hijo de obrero parecía tener más oportunidades que cualquier otro para soñar: el mundo se había dado vuelta y los hijos de proletarios ahora estaban arriba, tenían derecho a sus sueños por primera vez, el mundo nuevo sería construido por ellos, con sus propias manos. Cuando el joven Platónov publicó su primer cuento, en una revista ferroviaria, se presentó así: "Nací en 1899 en un asentamiento ferroviario cerca de Voronezh, compuesto no de casas sino de barracas. Éramos diez hermanos y yo era el mayor, así que empecé a trabajar antes de aprender a leer. La campana de las locomotoras eran la única música que teníamos y los días de descanso estaban dedicados a eufóricas batallas a puño limpio con otros asentamientos. Además del sonido de las campanas, los colores del crepúsculo y la paciencia de mi madre, amo los

máquinas a vapor y el sudor del trabajo. Creo que existe un vínculo, una afinidad secreta, entre el sonido de las campanas y la electricidad, entre las locomotoras y los terremotos, entre el crecimiento del pasto y la jornada en la fábrica. Ese es el mecanismo que me propongo retratar en lo que escribo".

Las leyes del cosmos, las leyes de la naturaleza, las leyes de la historia y las del corazón humano se tejen en asombroso mecanismo en cada libro que escribió Platónov. En vida no pudo publicar ninguno, pero todos sus colegas lo veneraban igual, en secreto, porque lo que hacía Platónov era único: dinamitaba la realidad soviética en nombre del ideal soviético, hacía realismo y ciencia ficción al mismo tiempo. Dice Tatiana Tolstaya que la grandeza del pensamiento ruso no está en su lucidez sino en su escala, en su fuerza más que en su atención al detalle. En cada libro de Platónov, los personajes siempre destruyen todo (puede ser una fábrica, una ciudad, un corazón o una hormiga) en nombre de una idea, en nombre del futuro. "En lugar de la esperanza, sólo nos queda la paciencia, sí, pero más allá de la secuencia de las noches, del marchitar y florecer de los campos, allí existe nuestro tiempo", escribió Platónov en un cuento que tuvo la desgracia de llegar a manos de Stalin, como le pasó antes a Pilniak, a Babel, a Mandelstam, a Ajmátova, a Bulgákov.

Se salvó de ir a Siberia porque Gorki convenció a Stalin de que Platónov sólo aspiraba a ser "un buen escritor soviético", pero no pudo pasarla peor a partir de entonces. Vio cómo se le cerraban todas las puertas en las narices, vio cómo se llevaban a su hijo de quince años al gulag. Por intercesión de Shólojov se lo devolvieron nueve años después, tuberculoso y agonizante, pero siguió buscando maneras de darle a esa patria hostil lo que sentía que podía darle para que surgiera el mundo nuevo. Acumuló cuadernos con los cuentos que no le querían publicar. Su mejor amigo en los últimos tiempos fue Vasili Grossman, que leyó con devoción esos cuadernos y después dijo que lo único que salvó a Platónov de un destino peor fue no haber publicado.

El único trabajo que consiguió que le dieran después de la guerra fue de barrendero en la Unión de Escritores. Vivía en una habitación en el sótano con la puerta siempre abierta, para demostrar a la KGB que no tenía nada que ocultar. Cuando se estaba muriendo de hambre, Shólojov acudió de nuevo en su ayuda: le dio a traducir al ruso (anónimamente, por supuesto) una recopilación de leyendas folklóricas baskirias. La traducción era tan buena que se ordenó que la retradujeran al baskir y que reemplazara las versiones originales en los manuales de enseñanza, razón por la cual, durante los años siguientes, millones de escolares leyeron a Platónov sin saber de quién era esa prosa sublime.

Murió en aquel cuarto del sótano de la Unión de Escritores de Moscú, en 1951, de la tuberculosis que le había contagiado su hijo. Sus libros se empezaron a publicar recién durante la Perestroika, cuarenta años después. De todos ellos mi favorito es la historia de la chica paracaidista, que fue de los últimos en rescatarse porque estaba en dos cuadernos distintos, que no parecían tener relación: distinta tinta, distinta letra, distinto papel; uno era pura alegría, el otro estremecedora desazón. Platónov bautizó "Moscú" a esa huérfana de la Revolución y le puso de apellido "Chestnova", que significa dichosa, virtuosa. En la España más ultramontana existía un conjuro para espantar a los malos espíritus: los padres bautizaban a sus hijas con una palabra que fuera el opuesto de lo que deseaban para ellas, y de ahí vienen nombres como Soledad, Dolores o Martirio. Uno se pregunta qué nombre le hubiera puesto Platónov a su criatura moscovita de haber conocido en vida ese conjuro. ©

*Texto e ilustración tomados de Página 12 de Argentina.



"Un libro pues para deshacer prejuicios y no para reemplazar unos por otros". Un ensayo que busca un retrato de Antioquia con el enfoque de los creadores, el encuadre de quienes retratan y fustigan, de quienes están dispuestos a la

poesía que alumbra paisajes, memorias, lecturas de una ciudad. Aquí está un capítulo de *Qué* es ser antioqueño, el reciente libro de Pedro Adrián Zuluaga. Leerán desde el cuarto de los renegados y las casas prohibidas.

Esas otras casas

DOT PEDRO ADRIÁN ZULUAGA • Ilustración de Ximena Escobar

nales son espacios superpoblados que favorecen poco o nada ∎la intimidad, o el cultivo de esas prerrogativas burguesas de la soledad o el ensimismamiento. Por cias eremitas de Laura pasaron enel contrario, son casas hiperconectadas tre la "querida soledad del aserradero" donde portones y zaguanes, patios y corredores están hechos para que sus habitantes se interrumpan y tropiecen unos con otros. Algunas veces las habitaciones no tienen puerta, o están comunica- cercanías—, Laura dice que, queriendas entre sí. Por los distintos espacios de do imitar a san Luis Gonzaga: "...buscaesta casa se circula sin mucha reglamentación u orden.

De niño recuerdo ir de cama en cama, probando lugares en los cuales sentir calor o compañía. También recuerdo lo contrario: las escapadas más allá de la frontera de la casa —hacia su borde animal, acuático y vegetal: el potrero de las vacas y la quebrada La Marinilla cuando me empezaba a agobiar el asedio de tantos ojos. Entonces me volvía como el adolescente y aspirante a sacerdote Damián, protagonista del cuento "San Antoñito", de Tomás Carrasquilla: "El curita de Aguedita se iba por esas mangas en busca de las soledades, para hablar con su Dios y echarle unos párrafos andanzas y aislamientos siempre llevaba consigo. Unas leñadoras contaban haberle visto metido entre una barranca, arrodillado y compungido, dándose golpes de pecho con una mano de moler. Quién aseguraba que en un paraje muy remoto v umbrío había hecho una cruz de sauce descripciones de las cosas [...]". y que en ella se crucificaba horas enteras a cuero pelado; y nadie lo dudaba, pues Damián volvía siempre ojeroso, macilento, de los éxtasis y crucifixiones".

Cualquier aspiración mística o creativa que precisara de la soledad exigía un irse de la casa para fundar, lejos de ella, pequeños lugares librados del comercio de tantas miradas o del orden regulador del binomio padre/madre llamado: "En el montecito vecino [de la casa donde vivía entonces] hice en una cuevita formada por raíces de árboles, el más dulce ensayo de vida eremítica". Luego describe cómo encontró otro sitio, más distante de la casa que el prila casa a visitar unos aserraderos, elegí el sitio en que había de pasar mi vida fui por fin. Estuve en la cuevecita algunas horas, pero un ligero inconveniente me hizo salir: no podía arrodillarme, porque se me hundían las piernas en el un medio día arrodillada (resistía en podía hablar de eso sin llorar y gozaba da, al fin, parece pertenecerle.

as casas antioqueñas tradicio- esta posición tanto tiempo que hoy me asusto y hasta creo que quizá miento) en aquel sitio tan frío y duro, pero ¡para mi alma como el cielo!".

> Así que las primeras experieny el montecito vecino donde podía "estar con Dios". Antes de buscar la soledad Dios. Como la sala de la casa vivía ceella, y tras los muebles, en un rincón, que llamaban a rezar o a refrescar".

También el cineasta y poeta Víctor Gaviria, en una entrevista con Fernando Cortés, refiere esa necesidad de aislarse. Cuenta que, cuando se graduó del bachillerato del Calasanz, le pidió a su papá de regalo los libros de cuentos de Hans Cristian Andersen, que ya había leído siendo niño. Y que una vez recibió esos dos volúmenes empastados en de Imitación de Cristo, obra que a estas cuero, decidió que quería ser escritor: "Me situé en una pieza de la casa, que era calorosita, mantenía las persianas cerradas, prendía una lamparita y ahí estudiaba, leía y escribía. Entonces empecé a hacer cuadernos, tenía un diccionario de sinónimos y me ponía a hacer

> (muy frágiles o demasiado sensibles) no son los únicos que buscan cómo esca-

por fuera de la casa —a salvo de ella y su vigilancia, pero en todo caso en sus ba los rincones de la casa para pensar en rrada era mi lugar favorito. A la oración, cuando la familia se reunía para conversar en la mejor intimidad, yo entraba a me acunclillaba a estar con Dios, hasta

Los niños y adolescentes "raros"

parse de la casa, y que para eso construyen versiones en miniatura de la misma, o que idean casas imaginarias y reinos paralelos inmateriales. También las mujeres y los hombres adultos conciben y ocupan casas sustitutas como el convento o el burdel, lugares para vivir o estar que se prolongaba en la vigilancia hori- de paso pero siempre bajo la consigna zontal de los hermanos. En su autobio- de sentirse como en casa. No por nada Tanto era su afán que me comprometió grafía, la madre Laura Montoya refiere se llama a los burdeles "casas de citas" y a que le pusiera telegrama el día en que, o nueve años, le cogió el gusto a la penimos como "casas donde habita Dios". tencia y lo que hacía para aplicarse a ese Quizá el empecinamiento de Laura en fundar casas para estar con sus hermanas elegidas, las monjas, y su terquedad en protegerlas de las múltiples persecuciones, fue un rezago adulto de esa niña necesitada de un cuarto propio, por no así sea transitoriamente, de la precariedecir que de una casa. En su autobiomero: "En un paseo con los hombres de grafía, Laura habla de su prima Leonor son movedizos, más ideas que realida-Echavarría, quien fuera fundadora del Colegio La Inmaculada. Previene a su de eremita de un modo definitivo. Me confesor de que referirá una "cosa graciosa" que mostraría el buen corazón de asediada cualquier libertad de su ser, nios sobre el burdel (o los burdeles) de Leonor: "En nuestras horas de conver- bajo el ojo despótico de Libardo, ella, buena prima de las angustias de mi vida capote y caía; necesitaba una tabla que de orfandad y nada la conmovía tanto me hiciera resistente y parejo el piso de como el haber sabido que nunca había que le ofrezca amparo, como su nom- cual ser más uno mismo, según las prola cuevecita. Al día siguiente, tan luetenido libertad para comer nada fuera bre, y porque viene de no estar y de no mesas de autenticidad de la vida burgo como los deberes de la casa queda- de las horas ordinarias por vivir siem- ser, de ser una arrimada en un hogar guesa. Hay algo incierto o al menos vago ron cumplidos, me fui con la tabla. Pasé pre en casa ajena y sin confianza; no para niñas; viene de estorbar. Esta cel- en el mito de Marta Pintuco, nacida en

pensando en que yo iba a tener casa propia y a disponer de todo con libertad. cina y comer lo que quisiera".

El lugar propio, ese cuarto aislado o recóndito que amplía la libertad de ser. Si la casa es ajena o amenazante, hacerse como un ovillo, íntimo e invisible, en cualquier lado; para protegerse, dad. Puesto que lugares propios y casas des materiales. Cuando en La mujer del animal, de Víctor Gaviria, Amparo es

Así que el lugar en donde uno elige sentirse como en casa no siempre corresponde al espacio asignado por la tradición, la respetabilidad o la normalidad. confinada a un espacio en donde se ve Los más o menos abundantes testimo-Marta Pintuco, coinciden en atribuirle sación se había enterado muy bien esta sin embargo, humaniza ese cautiverio y un cierto aire de familia, como si su enconvierte su celda en su casa. Y no se va canto consistiera en ofrecer la experiende ella porque allá afuera no hay nada cia de estar en una casa más laxa, en la 1921 en Yarumal y por tanto coterránea Francisco Antonio Cano, el poeta Epivo Cobo Borda son "su escenario más feliz v más jocundo". El escritor discufanio Mejía y el fotógrafo Benjamín de la Calle. Los habitués de sus casas de lerre en los ejemplos de ese *locus amoenus* nocinio no se ponen de acuerdo sobre si dentro de la obra del pintor antioqueño: el burdel de la madame paisa quedaba cuadros como La casa de Amanda Ramíen el barrio Lovaina, sector de toleranrez (1988) y La casa de las mellizas Arias cia de Medellín, o en el más respetable (1973). "Un mal gusto populachero y enbarrio Prado. En el periódico El Bombatrañable, un mal gusto subdesarrollado, zo se consigna la siguiente información: de desmesuras y contrastes, alimenta la dilatación formal de esas figuras, con el "Como pieza testimonial el nombre de Marta Teresa Pineda, aparece registrapiso sembrado de colillas de cigarrillos y do en el directorio telefónico de 1955, el aire hecho visible gracias al revoloteo página 301, éste refiere su propiedad de las moscas", dice Cobo Borda. Cuando el escritor habla de las familias burguesas o negocio en la Cra. 50 (Palacé) N.º 67 (Barranquilla) 47". Lo cual no aclara también pintadas por Botero, "orgullomucho las dudas, pues la dirección está sas de sus casas de juguete, o de su fotoen el límite de ambos barrios.

del beato Marianito Eusse, el pintor

El poeta envigadeño Mario Rivero, en una simpática entrevista con el periodista v locutor Bernardo Hovos, en un programa de la emisora de la Universidad Jorge Tadeo Lozano, deja salir estos recuerdos sobre Marta Pintuco, sus preservativos, de Simón Posada Tamayo: la época, como el Club Unión y el Club casas y sus mujeres: "Esas mujeres querían a los hombres. Los respetaban. Si uno les caía bien, le daban desayuno con huevo. Le decían: ¿Cuándo vuelve, mijo?'. ¡Y no le cobraban!". En ese mismo programa Rivero y Hoyos no se ponen de acuerdo sobre un gato pintado por Fernando Botero. Discutieron sobre si el gato ronroneaba en la casa de Marta Pintuco (que es la tesis de Hoyos) o en casa de las mellizas Arias, otras mesda-

Los burdeles de Lovaina han sido detenidos en el tiempo, con personajes hie- sus clientes, o a falta de estos, sus ver- ción, que gracias al temple de figuras ráticos y rotundos, filtrados por la mirada siones y traducciones de otros poetas. como las del expresidente Álvaro Uribe,

mes de Medellín.

aledaño", dice que "son ellas el contrapunto legal y aceptado de esa zona roja que visitamos antes". Intuye así que ambos *tipos* de casa se miran oblicuamente y se niegan, solicitándose.

fija, para mostrar, tomada en el jardín

Bernardo Hoyos y Mario Rivero, destacan los de los periodistas y escritores Ós-razón", decía José Celestino Mutis, pocar Domínguez y Reinaldo Spitaletta) día obtener efectos benéficos, siempre bre los burdeles de Medellín en las décadas de mediados del siglo coinciden gún se lee en el reportaje: "Para inicios en valorar la amplitud cultural de lo que del siglo XX, el billar se encontraba toallí ocurría. En su crónica La nostalgia de talmente incluido en la parafernalia Lovaina, Ricardo Aricapa dispensa toda festiva de la sociedad antioqueña. Las suerte de rumores, que luego son recogidos en la crónica *Lovaina*, *merengues y* pensable en los clubes que surgían en que el expresidente Belisario Betancur Campestre. Por su parte, el pueblo accevisitaba la casa de Esperanza Restrepo y día al deporte por medio de los billares se enfrascó en peleas a puño limpio; que el escritor Manuel Mejía Vallejo quedó en calzoncillos apostando su ropa jugando a la botella; que el periodista Enrique como puede pensarse a vuelo de pájaro, Santos Montejo, conocido como Calibán, visitó la casa de Ligia Sierra y le dedicó ra pública distendida y democrática que una de sus columnas de prensa.

En las muchas ocasiones que la mente el escepticismo y el humor, piemencionan, Marta Pintuco suele ser dras angulares del carácter regional y recordada como una mujer culta que es- poderosos antídotos contra el autoritacuchaba atenta los deliquios poéticos de rismo, la solemnidad y la automortifica-

sardónica de Botero. Para Juan Gusta-El cultivo de ciertos gustos, que estaban tal vez proscritos en la propia casa, obligaba a salir en busca de esas casas sustitutas. No se salía de la casa para sentirse como un extranjero, sino para regresar a una versión ideal de uno mismo. Para sentirse, en otra casa, como en casa. Se puede objetar el machismo que entraña este hábito de ir a las casas de prostitución; pero las mujeres también encontraron en esos espacios un lugar desde el cual tener conciencia de su cuerpo y hacerse activas en su deseo.

Sociabilidad masculina y disidencia femenina

Quizá habría que escribir un poema, o algo que le hiciera de verdad justicia, a las cantinas, los billares y cafés que aún resisten en Medellín. En una ciudad en la que limpiar y borrar se han hecho prácticas comunes como resultado de un acuerdo tácito entre las élites y el resto de la sociedad, que todavía sobrevivan sitios como La Payanca, La Polonesa, el Café Málaga, Homero Manzi, El Guanábano y Adiós muchachos muestra la persistencia de un cierto escepticismo, un mirar la vida al través que tuvo en estos lugares —y lo sigue teniendo— una vitrina para desplegarse y exhibirse.

Cafés como el Pilsen, que quedaba en una de las esquinas del Parque de Berrío, no resistieron el empuje modernizador y cerraron sus puertas melancólicamente. Algunos de sus clientes habituales, entre ellos el editor y periodista Alberto Aguirre, se desplazaron a otros sitios. Volví a encontrar a Aguirre, leyendo los periódicos de la parroquia, en los billares de las calles Caracas y Maracaibo, en el Centro de Medellín. Cafés, cantinas y billares fueron, y en menos medida lo siguen siendo, espacios de socialización preferente pero no exclusivamente masculinos, pues muchas mujeres se los han tomado como propios; lugares de conservación y al mismo tiempo de rebelión, donde herencias y tradiciones se someten a la aguda revisión de la ironía y el escepticismo. En un reportaje publicado en el pe-

riódico Universo Centro, María Paula Hernández y Mateo Narváez describen la penumbra moral que cubrió a los billares durante buena parte de la vida colonial y de la temprana república, asociados como estuvieron al juego, la apuesta y el intercambio social no controlado. Hernández y Narváez explican las prevenciones de las autoridades por el tipo de alcohol que se consumía junto con la práctica del billar. Mientras las clases populares lo jugaban tomando chicha, guarapo y aguardiente de caña, las élites lo hacían tomando vino, bebi-Muchos decires (además de los de da de la cual la "gente acomodada, sujeta a la cristiandad y a las leyes de la mesas de billar eran un elemento indisque iban surgiendo en Guayaquil, corazón de la ciudad para la época".

> Los billares, cantinas y cafés no son, templos de la nostalgia. Allí, en la esfeestos sitios permiten, se pulen activa-

se asocian tanto a los antioqueños. Para muchos, por fuera de la región, y en parte debido a las derivas sociales, políticas y económicas de esta, la cerrazón ideológica y la proclividad a anular simbólicamente al otro consumen cualquier imaginario sobre Antioquia. A eso contribuye el solo recuerdo de los desmadres delincuenciales de Carlos Castaño o Pablo Escobar, o de la mentalidad "chata y roma" que se trasluce en acciones como las de aquel energúmeno que en junio de 2019 acuchilló la bandera multicolor que identifica las luchas por la emancipación LGBTI.

Esos personajes, tan escénicos, tienden a eclipsar unas formas de ser menos solemnes. Uno de esos personajes liminales que encarna la antisolemnidad es la procaz tía solterona de muchas familias paisas; rebelde que no cumplió con el destino previsto para las mujeres y que se ha dedicado a ser una suerte de conciencia alterada de la sociedad. Mucho de ese desparpajo de las solteronas o simplemente de algunas mujeres mayores que ven el mundo a través del filtro de la ironía está recogido en la literatura de Tomás Carrasquilla o Tomás González, por poner dos ejemplos.

Ellas son generadoras de un tipo de sabiduría y de contra-tradición, que les da la vuelta a las voces oficiales provenientes de la iglesia, la familia y el patriarcado, y las carnavaliza, derogando su poder. En Abraham entre bandidos, una novela de Tomás González, se escuchan con nitidez esas voces, de hombres y mujeres cincelados por la tradición oral y capaces de sacarle pequeñas chispas de sabiduría. Por ejemplo: "Nadie camina con tanta maña a esa hora a no ser que se lo proponga; y nadie se propone caminar a la perfección a las tres de la mañana a no ser que esté borracho".

Los vínculos entre lengua escrita y tradición oral son abundantes en Antioquia, como lo ratificó el colombianista Raymond L. Williams. Con posterioridad a los primeros cuentos y novelas de Carrasquilla, Antonio José "Ñito" Restrepo empezó a recopilar el Cancionero de Antioquia, que publicó en 1927 en Barcelona, y que supuso la llegada a la tradición literaria de una rica veta de poesía popular. Juan Camilo Escobar especula que el cancionero fue un trabajo que Restrepo acometió quizá desde la década de 1910, y que su publicación ayudó a consolidar una idea del pueblo como un necesario compañero de las élites. Esta solidaridad entre clases privilegiadas y pueblo, cuya evidencia ha aparecido y seguirá apareciendo en este libro, también se perfila —pero con muchas opacidades— en los arrimados, los recogidos y los bastardos, a quienes, por mucho que tuvieran un lugar en la casa común, también se les hacía saber de su condición periférica. ©



Qué es ser antioqueño Pedro Adrián Zuluaga Ediciones B 2020

Once digresiones sobre Moldavia



por SEBASTIÁN GÓMEZ • Fotografías por el autor

Uno a primera vez que oí hablar de Moldavia, confieso, y no sin cierta vergüenza, fue en el ∎año 2004, en las clases de un profesor de la Universidad Nacional de Colombia (sede Medellín). Cuchilla y ametralladora al mismo tiempo, se apellidaba Patiño y dictaba el curso de Historia VI, es decir, historia del largo siglo XX (1898-2001). Patiño, cuya velocidad verbal era directamente proporcional a su erudición, dijo en una de sus clases algo que jamás olvidaré: "Albania, Armenia, Bosnia, Serbia, Montenegro, Moldavia, Ucrania y Bielorrusia, eso no es Europa, eso no existe. La gente llora por París o Berlín, por Londres

o Viena, pero jamás los vamos a ver chi-

llando por los brutales cataclismos de

la guerra en Minsk, Chisináu o Saraje-

vo". ¿Chisináu? ¿Eso es capital de qué

país? Sin embargo, la segunda vez que

oí de Moldavia, también lo confieso, fue

terciarios (¿o cuaternarios?) de esa París tan curiosa que pinta el escritor colombiano Santiago Gamboa en El síndrome de Ulises. Y la tercera vez que oí de Moldavia fue por un muchacho que conocí en Highland Park, hov un suburbio chic de Los Ángeles, en una fiesta en la casa de un amigo. El muchacho se llamaba Alex, v era un moldavo emigrado a California con su familia desde muy niño. Un gringo, pues, pero que, como suele ocurrir allá en USA, evocaba con mucho orgullo su origen eslavo: "I'm from Moldova, where I learned to play the piano", me dijo después de varios tragos de mezcal. Buena gente el man,

940 **EUR** 1957

0254 TUR 0263

3 98 Rol 4 04

0 71 UAH 074

2220 BP 2257

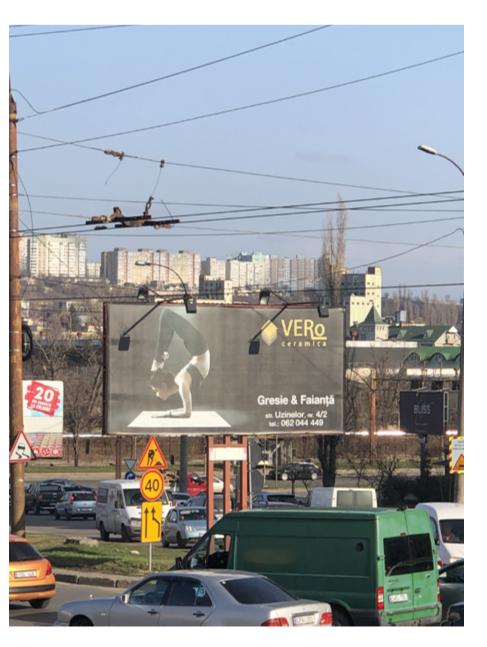
810 HF 1835

BCR

En Madrid, donde vivo últimamente, un día de diciembre de 2019 pedí un Uber. Para mi sorpresa no me recogió ni Germán Darío ni Luis Carlos ni John Elkin, porque Uber en Madrid es un mogracias a Irina, uno de los personajes nopolio de quindianos, risaraldenses,

caldenses y algunos antioqueños. El que ayuda a la policía le dijeron que ellos me recogió fue otro conductor, un rumano de quien no recuerdo el nombre. En un español cuasi perfecto, como el de la mayoría de los rumanos que residen en Madrid, me dijo que era nativo de Afumati, un poblado cercano a Bucarest. Le dije que yo quería conocer Moldavia, que me intrigaba mucho ese país, que tenía, por así decirlo, la necesidad de viajar allá. Pues su reacción, dándole golpecitos al timón del Toyota Pryus que manejaba, fue más o menos adversa: "¿Por qué quiere ir usted allá? ¿Cree usted que Moldavia es algo bueno, señor?". Yo no supe qué contestarle, pero él prosiguió: "Moldavia es un país de gente corrupta y mala, la gente roba mucho. Mi cuñado tenía un camión y fue asalta- para qué vas a ir allí?". Pues para conodo en Moldavia. Y cuando fue a pedirle cer, le respondí.

no creían en los rumanos, porque dicen que somos un país de corruptos". Honestamente no sabía qué decir, si arrepentirme o decirle que tenía razón, que yo me unía al dolor de él v su cuñado v que los moldavos eran malos v corruptos. El caso es que llegamos, le pagué, y antes de bajarme remató: "Piense bien si quiere perder su dinero en Moldavia. Si yo fuera usted me iría para Ámsterdam o Budapest". Mil gracias por los consejos, señor, lo voy a pensar. Le comento todo lo que me ocurrió a Camille, una querida amiga francesa, quien frunciendo el ceño me dice: "¿Moldavie? Ah, sí, recuerdo que allí ocurre una historia de Tintín —el cómic belga autoría de Hergé—, ¿y





Madrid-Frankfurt-Chisináu, mi itinerario. Despegando desde la T2 de Madrid hasta Frankfurt hay dos horas y media. Y de Frankfurt, cuvo aeropuerto es estúpidamente gigantesco, a Chisináu, hay tres horas: siete horas de viaje considerando todos los (malditos) rituales aeroportuarios. Llegué a Chisináu el jueves 5 de marzo a las 13:30. El avión, con muy pocos pasajeros, era un Embraer (¡que viva la industria aeronáutica de Suramérica!) de esos medianos, sin pantallitas para ver películas ni puertos USB. Aderezado únicamente con revistas en inglés, ruso, rumano v alemán. Llegué. El aeropuerto de Chisináu es un aeropuerto muy decente, como el de Pereira o Bucaramanga, a unos once o doce kilómetros del centro de la ciudad. Cuando aterricé el día estaba nublado, grisáceo, había llovido y se sentía frío. Todo es muy plano, y el gris con sus matices ahí, en el cielo, en el horizonte, en la atmósfera. Pisé Chisináu, la capital de Moldavia. Lo primero: "All Passports" / "UE Passports". Uno no tiene piroba idea, pero la Unión Europea es un embeleco de los países objetivamente ricos que sostienen a los "media tabla", mejor dicho, a los pobres cultural e históricamente importantes, países con ciertos desarrollos agropecuarios e industriales y en buena parte consolidados en el sector de los servicios, donde el turismo es un rubro más que primordial. Moldavia es un país europeo, pero que nunca ha sido parte de la Unión Europea, ni del "espacio Schengen", ni de la "Eurozona", ni de nada. Aunque en su gran mayoría su población es católica y blanca (blanquísima), así como su lengua es indoeuropea y los moldavos se presentan como participantes de Eurovisión, Moldavia es un límite, una frontera desde muchos puntos de vista. Geográficamente se ubica entre Rumania y Ucrania y tiene una exigua costa que no supera el kilómetro de largo a orillas del mar Negro.

Cuatro

Hago la fila en inmigración. Solo somos tres extranjeros entrando en ese vuelo a Chisináu. Una alemana, un español y yo. Pasé a la taquilla. Naturalmente se imaginarán lo que todos los colombianos suponemos siempre al llegar a cualquier aeropuerto del mundo, y a veces hasta en los aeropuertos de Colombia. Desde 2018, el Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia ajustó un acuerdo con la República de Moldavia para que los colombianos no requirieran un visado previo para ingresar al país. Y bueno, esto es una especie de alivio,

bajada de la República de Colombia en Varsovia (Polonia), región considerada como "Centroeuropa", es la agencia gubernamental que se encarga de todas las relaciones bilaterales y casos de interés de ciudadanos colombianos en Bulgaria, Estonia, Letonia, Lituania, Moldavia, Rumania y Ucrania. Una locura, básicamente por el tamaño de esa jurisdicción, y por eso, haciendo la fila para pasar a la taquilla, me asaltó uno de aquellos pensamientos negativos, típicamente colombianos: ¡Marica, donde no me dejen entrar qué hago! Pensé en Adam. un querido amigo polaco que hice en Madrid, y le avisé de inmediato por Whats-App para que me echara la mano con la embajada colombiana en Varsovia en caso de que algo saliera mal en mi viaje. Él, como abogado, sabe moverse bien por los laberintos burocráticos v, simpatiquísimo como es, me dijo que claro, que con mucho gusto. Una vez Adam me contó que un amigo y coterráneo suyo estuvo en serios aprietos en Rumania a causa de una infracción de tránsito. El infractor buscó ayuda en la embajada de su país en Bucarest y todo se solucionó cuando el cónsul polaco que intercedió en el embrollo le obsequió al policía rumano una botella del mejor vodka producido en Polonia. Sin embargo, yo no podría salvarme así de fácil en caso de nmiscuirme en algún entuerto delicado. Por mí no vendría a salvarme nadie desde Varsovia y menos apertrechado de una media de aguardiente o una bolsa de Supercoco. En la taquilla una funcionaria que bien podía ser Miss Moldavia 2020-2021 —hay que ver la inmoderada belleza de algunas eslavas pelinegras me recibió el pasaporte y se quedó mirándolo fijamente en no sé qué página, sin parpadear, como quien ha advertido algún error. Leí sus labios y creo que musitó "Colombia". Acto seguido sacó una hoja tamaño carta plastificada donde se veía impresa una lista hecha en un cuadro de Excel. De un momento a otro asintió, cogió un sello de goma y lo estampó en mi pasaporte. Creo que me dijo Salut, que en rumano quiere decir "bienvenido". Estoy oficialmente en Moldavia, ahora sí. Un policía me da un

aunque en Moldavia, según la informa-

ción oficial de la cancillería colombiana,

hay un cónsul honorario de la Repúbli-

ca de Colombia, al parecer un señor mol-

la capital. Me pregunto en qué emplea-

rá ese caballero su tiempo laboral, qué

dirá en los reportes que envía a Varsovia

o a Bogotá. ¿Habrá disertado alguna vez

en su extenso tiempo libre sobre los tres

colores que coinciden en los pabellones

nacionales de Moldavia y Colombia? Es

curioso, en términos geopolíticos la Em-

papel en el cual todo me resulta ilegible, a excepción de un logotipo acompañado de la levenda "World Health Organization". Se trataba de una advertencia sodavo apellidado Comanac, que oficia en bre el Covid-19, justo tres días antes de que las alarmas europeas se sincronizaran para explotar.

Cinco Conmigo llevo doscientos euros, pero debo cambiar de divisa. Lógico. En un local en el aeropuerto me cambian los euros y me dan un apetitoso fajo de billetes de doscientos lei, el dinero moldavo. Son billeticos pequeños a la manera de Monopoly, donde la cifra va a acompañada de la leyenda "Banca Nationala A Moldovei", todos con la cara de un señor bigotón que mira al infinito luciendo una corona, una efigie propia de la Baja Edad Media: es Stefan cel Mare, Esteban el Grande o Stefan III, soberano del Principado de Moldavia que vivió entre los siglos XV y XVI, gobernando hasta 1504, año en que de la mano del islam el creciente poder otomano sometió al principado. De repente me doy cuenta de que detrás de mí hay cinco personas, todos con chalecos verdes. Cada uno me dice "taxi, taxi, taxi, taxi". "¿Do you speak English?", le pregunto a uno, pero todos dicen: no, no, no, no. "¿Ou français?". No, no, no, no, no. Ay, marica. Confieso que me preocupé, porque pensé que fácilmente me iban a estafar. Lo que llamamos Tercer Mundo sí cuenta con un rasgo fundamental: la sensación de inseguridad. La idea de que algo malo nos puede pasar, una desgracia, una catástrofe o una calamidad, pero claramente propinada por otra persona. Yo soy del Tercer Mundo, de uno de los países más inseguros del orbe y nativo de Medellín, ex capital mundial del hampa, por eso siento que estar muv alerta no es suficiente para evitar una tumbada en otro país, y peor, en otro idioma, que aunque morfológicamente (como ocurre con todas las lenguas romances) guarde cierto parecido a mi lengua materna, no deja de ser una cosa muy enrevesada cuando se lo oye hablar.

Mi alojamiento es un pequeño apartamento en un barrio bastante central: Telecentru, donde se encuentran gran parte de las embajadas de otros países. Mi embajada vecina es la de Corea del Sur. Max, mi casero, un ateniense que vive de la renta de diferentes apartamentos por AirBnB en Chisináu, me explica que todo es muy tranquilo, que no hay que temer, que aquí no roban celulares ni cámaras y que tampoco secuestran; que la gente es callada y que siempre parece triste, me asegura. Yo le digo que muchas gracias, que lo llamaré por cualquier eventualidad. Llego al apartamento en la strada Mihail Kogălniceanu 24. Para mi sorpresa me entero de que Mihail Kogălniceanu, un patriota rumano de mediados del siglo XIX, hijo de un aristócrata moldavo, no solo fue un político y letrado prominente, sino que además había estudiado en la Universidad de Berlín de la mano de Savigny, Fichte y de Leopold von Ranke, uno de los historiadores más prestigiosos del siglo XIX. No por nada Kogălniceanu solía decir que "un año que pasé en el exterior expandió más mis horizontes que diecisiete años en Moldavia", y es que de hecho en la capital prusiana también se había codeado nada menos que con Alexander von Humboldt y con el célebre jurista Eduard Gans. Autor de obras monumentales sobre historia de Valaquia, Moldavia y los valacos transdanubianos, además de un tratado de historia y cultura del pueblo gitano, Kogălniceanu se convirtió en un liberal reverenciado y en una figura decisiva para la sensibilidad nacionalista de Moldavia: "Ama y sirve a tu país, no importa cuán pobre o pequeño sea", era una de sus frases predilectas, una suerte de premonición vista desde hoy. Todo es muy silencioso y el cielo sigue gris. Veo el asfalto de la calle agrietado y con huecos, "ese inequívoco detalle tercermundista", como dice un querido amigo. Doy una vuelta a la manzana y me atropella la imagen de un coche antiguo para bebé al costado de una





casa vieja. Telecentru es como estar en la colonia Roma Norte de la Ciudad de México, pero con una apariencia decadente. La arquitectura es señorial, pero de cemento y algo de piedra. Los árboles no tienen hojas en esta temporada y se oyen graznidos a lado y lado de la calle. Son cuervos, y abundan por todas partes haciendo de Chisináu una postal de lobreguez. Uno de los hitos principales del barrio es el Cimitirul Central. Cementerio Central, de la ciudad. Me pareció tan triste que no me animé sino a dar un fugaz paseo observando lápidas de militares con inscripciones en alfabeto cirílico. Camino por una calle muy larga buscando una tienda o algún lugar para sentarme a tomar algo y comer cualquier cosa. Todo cerrado más o menos en setecientos metros a la redonda a pesar de ser jueves. Pasan carros despidiendo esmog espeso y troles con gente comprimida. Encuentro un minimercado. Tengo que comprar agua y algo de comer. Hay muchos enlatados, carnes y pescados secos. En la sección de alimentos "frescos" nada se ve muy apetitoso. Hay pescados que nunca había visto, salados y ahumados, traídos del mar Negro. El hambre me acecha y recuerdo las exquisiteces que puedo comer a diario en cualquier bar de Madrid. Quizás la comida, su calidad y su presentación, reflejen detalles del carácter de las sociedades, pienso. Termino por comprar algo parecido a un chuzo de pollo, pero frío. "¿Sorry, do you speak English?". No, no, no, no. ¿Esto me lo podrán calentar en algún microondas? Nadie en el mercado, ninguno de los empleados o empleadas, me supo responder mientras se miraban entre sí. ¿Qué pensarán? Pago con los billeticos todo lo que cogí. En euros fueron 1.35, casi seis mil pesos colombianos. Moldavia, qué duda cabe, es un país muy barato.

Siete

No deja de ser curioso que esta sea una ciudad de bloques, altos edifi-

despintados. Me acerco a la portería de in USA, está presente en varias facetas uno de más de quince pisos y no hay recepción. Para rematar el ascensor no parece funcionar, toda una desgracia para los que viven en los pisos altos. En las fachadas se ve ropa extendida en cuerdas. No hay gente en los balcones ni asomada por las ventanas. Pienso en los edificios de Medellín y en esa actitud tan iberoamericana de estar mirando desde la casa hacia la calle, haciendo de los balcones panópticos privilegiados para enterarse del mundo local. Uno podría decir que esta es la capital de un país humilde, muy a pesar de los BMW, Mercedes-Benz y Audi que ruedan por sus calles ahuecadas. De acuerdo con una sentencia del Banco Mundial, Moldavia es "una economía pequeña de ingresos mediano-bajos". Comparativamente hablando, este país de 3.5 millones de habitantes cuenta con un Producto Interno Bruto inferior al de cualquier otro país europeo. En síntesis, Moldavia es el país más pobre de Europa. Niveles incipientes de adelanto agropecuario, industrial y de servicios hacen de este país un lugar con pocas perspectivas de desarrollo estable, aunque según cifras del Banco Mundial la economía ha crecido varios puntos durante los últimos dos años. El vino, hov por hov, es uno de los productos nacionales que se exportan principalmente a los mercados rusos, rumanos y alemanes; un negocio en el que curiosamente también incursionaron con éxito varios países de esta parte de Europa, especialmente Georgia, que se ubica frente a Moldavia al extremo oriental del mar Negro. Por cierta curiosidad etnográfica visito la Piața Centrală, el mercado popular de la ciudad donde venden desde repuestos para carros y bicicletas, hasta carnes, frutas, verduras y animales vivos como gallinas, marranos y conejos. Allí se percibe sin duda alguna aquello que normalmente se conoce como el "subimperialismo ruso". Rusia, ese país cuya densa imagen casi siempre está mediada por las ideas que nos le-

mercantiles de la economía de Moldavia. Desde los carros, pasando por las leguminosas, las chocolatinas y hasta el vodka de todas las calidades.

Ocho

En Chisináu es difícil ver puentes peatonales. Los cruces de las avenidas grandes, que son pocas, sobre todo cuando hay entronques que forman cuatro esquinas, son subterráneos, galerías que se adecuaron como almacenes comerciales haciendo de estos cruces unos pequeños "sanandresitos" —perdón por la analogía— donde hay papelerías, pequeñas cafeterías, baños que cobran de acuerdo con la necesidad manifiesta del cliente, tiendas de mascotas y hasta un almacén con suvenires de Moldavia. Banderitas, croquis con imán coloreados de azul, amarillo y rojo, los colores de la bandera, y estatuillas del rev Stefan III. Me pregunto cuántos turistas estarán hoy, así como yo, caminando por el centro de esta curiosa capital. No he visto a nadie con cámaras ni mirando desprevenidamente el entorno con planos de la ciudad en la mano. No hay, como en gran parte del mundo, los omnipresentes japoneses tomándole fotos hasta a su propia sombra. Me inquieta ver un par de personas de apariencia asiática, lo que razono por la forma de sus ojos, pero los oigo hablar rumano o ruso. Lamento no diferenciar la lengua. Me percato de que en Moldavia y en gran parte de la Europa oriental este fenotipo humano también está presente, y pienso en Vladimir Ilvich Lenin, quizás el más emblemático de todos los rusos del siglo XX, un hombre de innegables orígenes eurasiáticos. En diferentes momentos el territorio que corresponde a Moldavia estuvo bajo la ocupación de griegos, romanos, mongoles, turcos, bizantinos y

posteriormente rumanos a su vez obedientes al Kremlin, dominio que al igual que en otros países de Europa oriental cesó con la caída del Muro de Berlín y la disolución de la URSS en 1991. Estas circunstancias políticas, pero también civilizatorias, permitieron que en el país coexistieran desde siglos atrás católicos ortodoxos con las minorías musulmanas herederas del expansionismo otomano: musulmanes blancos de orígenes eslavos y mediterráneo-orientales, mestizos étnicamente lejanos de los pueblos árabes. Se trata de una nación joven. Yo soy mayor que ella.

Nueve En Moldavia el rumano es la lengua nacional, aunque el ruso es una suerte de segunda lengua suficientemente arraigada, no solo por temas que van desde la educación básica de todos los moldavos en consonancia con la pesada influencia rusa, sino también por la alta presencia de ucranianos de todas las condiciones que huyeron de las estrecheces económicas que ha experimentado por décadas su país y que hoy residen en Chisináu. Una señora ucraniana, comerciante de antiguallas soviéticas en un pequeño mercado del centro, me explicó en un inglés rudimentario que hay moldavos que dicen que su lengua no es el rumano sino el moldavo. Dicen —me asegura— que hablan una lengua propia, pero es una lengua que no existe, y que lo hacen simplemente por un rapto nacionalista que evidencia cierto resentimiento hacia Rumania. Sin embargo, en el país pueden oírse otras variantes dialectales, especialmente en las áreas fronterizas y ambientes rurales donde se habla hasta búlgaro, ucranio y gagauzo. La señora me agrega que en ocasiones los ucranianos son mal recibidos en Chisináu y que no han faltado episodios

de xenofobia, algo que en estos tiempos también se extiende por toda la Europa oriental hacia los bielorrusos. Me resulta imposible no pensar en los venezolanos que hoy pueblan toda la América Latina. En Chisináu hav ucranianos vendiendo flores, manejando Yandex Taxi (el Uber local), atendiendo negocios o mendigando. Sobre la avenida Stefan cel Mare, la principal de la ciudad, en dirección al norte, un contingente de hombres en silla de ruedas suplica por dinero. Noto que varios de ellos no tienen una o las dos piernas. A otro le falta un brazo. Me acerco para darle un billetico a uno de ellos, pero no me atrevo a preguntarle por su condición. Esa misma noche, en un bar de rock del Telecentru —donde el barman me explica que el vodka que no entra suave no es vodka me uní a un grupo de gente que estaba bebiendo. Varios hablaban inglés y francés y aproveché para preguntarles por los hombres en silla de ruedas. Me explicaron que muchos de ellos son exmilitares, tanto ucranianos como moldavos, antiguos combatientes en la Guerra de Chechenia que luego de quedar lisiados combatiendo del lado ruso jamás tuvieron indemnización alguna.

Diez

Cada país es particular en algún sentido. Es natural apenas que un Estado-Nación de poco más de treinta años adolezca por cuestiones limítrofes, más cuando las persistentes moscas de la injerencia soviética todavía se posan en la superficie nacional. En el bar que visité conocí a Pietr, un muchacho de veinticuatro años que, a su manera y en buen inglés, me explicó el drama que se vive en Moldavia por los asuntos irresueltos de Transnistria, una pequeña entidad territorial geográficamente replegada a la frontera con Ucrania y poco menor

en superficie a nuestro departamento de Risaralda, cuyos amagues separatistas mantienen encendidas las alarmas tanto en Moldavia como en Ucrania y, desde luego, en "La Gran Madre Rusia". Reconocido como Estado independiente y soberano solo por tres países de la ONU, Transnistria todavía ostenta en su pabellón nacional aquel logosímbolo ya proverbial que suele evocar polémicas no menores: el martillo y la hoz entrecruzados. Por cincuenta euros se organizan desde Chisináu pequeños paseos a Tiráspol, la capital de la autoproclamada república. Me dicen que muy poca gente va, y quienes se animan lo hacen motivados por observar y tomarse fotos con la infraestructura civil soviética y los gigantescos monumentos apologéticos que representan a los peces gordos del Kommintern. Sin embargo, los viaies a Tiráspol también se efectúan dado que la misma vía conduce a Odesa, ciudad a orillas del mar Negro y capital playera de Ucrania. Yo mejor no me ilusiono con esa ciudad, porque los colombianos necesitamos visa para entrar a ese país. Algo que no dejó de parecerme curioso es que, si bien Ucrania nos solicita visa, Rusia nos permite el ingreso por noventa días, pero al mismo tiempo, "La Gran Madre Rusia" les exige visados a polacos, checos, nortemacedonios, lituanos y rumanos. ¡Qué vuelta!

Once

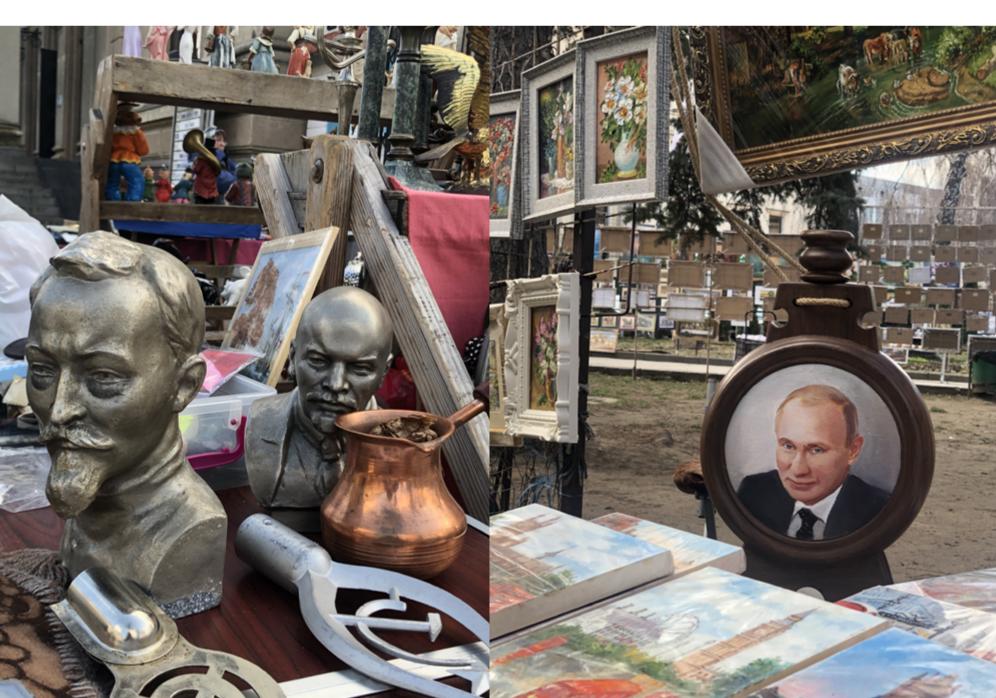
En Chisináu es verdaderamente sorprendente el número de agencias que se encargan de trámites personalizados para solicitud de pasaportes y visados para viajar al exterior. Al no ser parte de la Unión Europea Moldavia es un país muy vulnerable y altamente dependiente de remesas enviadas desde Rusia, o desde los destinos migratorios más codiciados por los moldavos que se

dedican a todo tipo de actividades económicas en Alemania, Francia, Holanda y, curiosamente, también en Portugal. Esto último explica por qué en el aeropuerto de Lisboa aterrizan y despegan los aviones de Air Moldova, cosa que no ocurre en Madrid. Y ni hablar de lo que para un moldavo significan Nueva York, Boston o Los Ángeles. Pietr, fanático enfermizo de los Golden State Warriors, me explica que las nuevas generaciones de moldavos, hombres y mujeres nacidos a partir de 1990, y especialmente la gente que vive en Chisináu y las escasas ciudades relativamente grandes, ven con mucha distancia a Rusia v lo que significa el país como modelo de desarrollo político y económico, siendo además abiertamente críticos con el mundo soviético y todo lo que este engendró desde el siglo XX. Para un muchacho promedio en Moldavia —me explica Pietr— la "mentalidad soviética" es algo propio del mundo trágico y aborrecible que le tocó vivir a sus padres y abuelos, un mundo de militares, himnos, apologías, controles, escasez, secretismos de Estado y rigurosidades disciplinares en las aulas y el hogar. Un esquema político que incidió notablemente en las instituciones, conductas individuales y, desde luego, en todo tipo de relaciones sociales. "En Moldavia los campesinos son tan pobres porque tienen mentalidad soviética", me dice Pietr con la seguridad que ostentan todos los borrachos. El comentario me deja perplejo y le propongo que mejor brindemos por Chisináu y el Rock n' Roll. :Cheers dude!

Esa noche me entré temprano y algo dominado por el vodka. Al día siguiente debía regresar a Madrid. Ya estando en casa me sorprende un email de la aerolínea Lufthansa donde me dicen que por motivos del coronavirus y sus estragos en Italia todo el espacio aéreo europeo quedó trastornado. Que gracias por la paciencia, pero que se veían obligados a llevarme a Madrid haciendo escala en Viena en un horario distinto. A explícitos gestos de optimismo. ©

mí me daba igual. Era domingo, y en el aeropuerto de Schwechat ya se había detonado la histeria a raíz de la fulgurante propagación de los contagios. Gente gritando, llorando, corriendo y haciendo largas filas ordenadas por la policía para tomar la temperatura con termómetros digitales en forma de pistola, mientras todos los asiáticos ya lucían sus mascarillas cubriéndose nariz v boca. Yo estaba a tiempo, sin prisa ni pánico, y pensé en las veces que he oído decir, como un lugar común, que Europa Oriental es como una América Latina, pero fría. No sé cómo sean en conjunto todos los países de esa parte de Europa, ojalá, ni sé si equipararlos de acuerdo con condiciones económicas categorizadas como tercermundismo los asemejen de alguna manera al continente en que nací. La pobreza y la riqueza son detalles que poseen muchos matices si se miran de cerca, pero el caso de Moldavia es muy particular. La ortodoxia católica y el comunismo son dos elementos indisociables para entender, al menos en parte, de qué hablamos cuando nos referimos a Moldavia y, por extensión, a gran parte de la Europa oriental. Aterricé en Madrid poco antes de la medianoche, y de camino a casa no pude dejar de pensar en esas realidades que transcurren en la Europa pobre, ¿una Europa subalterna, acaso? La que lejos de Ibiza, Covent Garden v los discretos encantos del Club Med permanece a la sombra de los vaivenes del crecimiento económico y los arrebatos que los políticos pactan en Bruselas, Sin duda, las realidades que se viven en países como Moldavia oscilan entre la subordinación económica y política a una potencia arrogante v los dramas humanos que acompañan siempre a la pobreza, el desempleo y las migraciones forzosas, consecuencias directas de un pasado turbulento y espoleado por todo tipo de extravagancias imperialistas. Razones suficientes para que sus ciudadanos no muestren







El jardín de las inmundicias

por DIEGO MOLINA • Fotografía de Juan Fernando Ospina



a peste negra del siglo XIV en Europa se dio gracias a una interacción particular de organismos y tuvo resultados de pulgas que a su vez hospedaban una bacteria mortal (Yersinia pestis) habían flanqueado las murallas de las ciudades medievales llevando consigo la muerte y vios telúricos: enemigos invisibles que estremeciendo los cimientos cosmogóni- se producían y se reproducían en las cos de una época. Una visión del mundo que orbitaba alrededor de la presencia y los designios de Dios se fracturaba de a poco con cada hombre, mujer o niño que contacto con la atmósfera, la humedad, moría. Paradójicamente, los muertos de la suciedad o las corrientes de aire, estos la peste, las ratas y sus pulgas infectadas elementos perniciosos eran transportaque hoy conocemos como Renacimiento.

La historia de la peste no es la única historia que comienza con una rata y que vincula a otros organismos en torno de la enfermedad. En 1779, el químico holandés Jan Ingenhousz revelaría el papel de las plantas como productoras Considerando su capacidad de tornar en de oxígeno basado en un brillante experespirables los malos aires, las plantas se ni alcantarillado, sin ventanas, con un mo algunos seres humanos urbanos, rerimento realizado unos años antes por pensaron como filtros orgánicos capa- poyo para cocinar incrustado en la pa- negados, impotentes o marginados, no su homólogo inglés Joseph Priestley. Reces de purificar no solo el ambiente sino red, cuyo adusto mobiliario se compocumplían con su función social. Sin emsulta que al poner una rata y una planta encerradas herméticamente dentro piraban esos aires. de una campana de cristal, Priestley observó que tanto la planta como el roedor sobrevivían; contrario a lo que sucedía cuando encerraba a la rata sola, sin la planta, y el animal moría lentamente y asfixiado. Con este experimento el británico descubría la habilidad de las plantas para "purificar" las "exhalaciones carbónicas" de otros organismos. Es decir, las plantas eran capaces de limpiar el aire y de ese modo permitir la vida de los seres que respiran a su alrededor. La trascendencia de lo hallado por Ingenhousz y Priestley en relación con el poder purificador de las plantas no sería, sin embargo, más que un episodio en el ya abultado libro de la historia de la ciencia, si no fuera por las implicaciones glo XVIII, había nacido un nuevo tipo de prácticas que tendría su descubrimiento en relación con la enfermedad y nuestra forma de habitar la ciudad.

El poder purificador de las plantas se articularía con la apariencia de nuestras ciudades modernas a través de las ideas sobre la enfermedad y el contagio inesperados. Ratas cargadas presentes a lo largo del siglo XIX. Durante la mayor parte de ese siglo la enfermedad se entendía como el producto de miasmas, vapores deletéreos y efluaguas estancadas, excrementos, cadáveres o en cualquier otra materia orgánica en descomposición. Una vez en modo la enfermedad. A la sombra de estas ideas, el aire se convertía en una especie de actor social ambivalente que, cuando limpio y oxigenado revitalizaba, pero cuando corrupto e impuro era medio transmisor de enfermedad y muerte. también de paso a las personas que res-

La forma ilustrada de entender a las plantas como instrumentos profilácticos cambió a su vez la manera de entender su poder medicinal. Ya no solo eran las infusiones, los cataplasmas y bebedizos de hierbas las formas en las que raíces, cortezas, hojas y flores se convertían en medicina. Si hasta ese entonces la químedicina tradicional, la inserción de las plantas en las ideas de los miasmas y los malos aires hizo de ellas organismos saludables y útiles por el solo hecho

Con la muerte de aquella rata sola y asfixiada en la Inglaterra de fines del siplanta que encontraría en el árbol, como epítome físico y simbólico del reino vegetal, una nueva dimensión: había nacido

el árbol medicinal. Este árbol moderno, unidad casi mística hecha de múltiples especies, encontraría su nicho ecológico en las ciudades en crecimiento que compartían con la rata del experimento de Priestley su asfixia por cuenta de sus pro-

pias exhalaciones, miasmas y efluvios. Con la modernización, la ciudad no solo se hizo accesible, se convirtió en el faro luminoso de una civilización que atraía a hordas de campesinos que, como polillas, vendrían a morir sacrificados ante sus luces. Los otrora ordeñadores y futuros operarios se fueron acumulando, uno a uno, en las oquedades que dejaba disponible la estructura serían la chispa que daría luz al periodo dos por el espacio propagando de este de la antigua ciudad. Las casas de patios signo de la colonia, ya en declive, como sus antiguos ocupantes, se usaron extensamente para albergar a una creciente población urbana. En 1852 el botánico escocés Isaac Holton describía el persa el maligno CO2 como subproducto lugar donde su lavandera vivía en Bogotá como un sitio oscuro, sin drenaje nía de una mesa, una silla y una butaca, tres platos de barro y unas esteras roídas que hacían las veces de camas y, peor aún, sin acceso al patio para compartir con los de su misma clase. Las limitaciones para socializar se compensaban con la extrema vida comunitaria que llevaban algunos adentro de esas cavernas modernas donde no pocas veces se acomodaban hasta nueve personas. Así las mica oculta en las células vegetales les cosas, si un pollo a manera de almuerhabía conferido un papel especial como zo entraba en esa habitación, sus huesos y lo que quedaba de él después de la humana digestión salían por la misma puerta por la que había entrado. La ciudad moderna, que se apretaba en su antiguo cascarón como una chicharra que no puede mudar de exoesqueleto, se abarrotaba de gente, de respiraciones y de aires malsanos y así pronto se hizo infecciosa, insalubre, mortal. Tuberculosis, tifo, sarampión, viruela y disentería se destilaban del revoltijo de ros a las maravillas que la modernidad

excrementos y orines de cristianos y otras especies que se acumulaban en las calles con cáscaras, huesos y sangres de variada naturaleza.

Ante este panorama el árbol medicinal entra en escena. Los doctores se lo diagnostican a una ciudad enferma. El gremio médico produce o traduce artículos que hablan de las bondades del árbol y de los jardines en las ciudades. Ejemplo de esto ocurrió en 1886, cuando el médico medellinense Francisco Uribe aconsejaba "continuar la plantación de árboles que tanto embellecen las calles y paseos como purifican el aire atmosférico". Cuando Uribe habla de continuar es porque, siguiendo los ejemplos de ciudades europeas como París y sus bulevares, la ciudad de finales del siglo XIX se reverdece: aún infecta pero, ansiosa de ser moderna, se llena de árboles. En nuestro entorno local, esta tendencia global cambiaría el paisaje bucólico de la Medellín en la que los minifundios y solares cultivados de caña, maíz o frijol se fueron transformando en ciudad, lo que traía consigo otro tipo de vegetales; la ciudad llegó con sus plantas ornamentales y su árbol medicinal. Se ajardina entonces la Plaza de Berrío y en lo que hasta entonces era un potrero periférico, sitio de fusilamientos y vacas, se plantaría el Parque de Bolívar. El agricultor que sembraba para comer, ahora trasplantado a la ciudad, se convierte en jardinero y de sus manos emergen jardines, parques y avenidas arborizadas. Todo muy oxigenado. A finales del siglo los árboles se con-

vierten en mobiliario urbano. Así como una farola produce luz o un poste sostiene los cables, el árbol produce oxígeno y al mismo tiempo embellece. El árbol como filtro orgánico trabaja. A diferencia de su homólogo rural (el del bosque, perdido entre una multitud de sus congéneres), el árbol de la ciudad se individualiza, se siembra ordenadamente en ringleras, se le controlan las plagas, se le poda, se le regula su crecimiento. De este modo, el renovado ser humano urbano comparte, de alguna manera, su destino de orden y control con ese árbol trasplantado en la ciudad. Sin embargo, así como el árbol renegado que en el día produce su valioso gas y en la noche disde la respiración inversa de las plantas conocida como transpiración, así misbargo, una vez más, el árbol medicinal vendría a ejercer sobre ellos su labor civilizatoria y vigorizante.

Dado que la concepción de la enfermedad de ese momento también incluía dentro de su definición al inmoral, vagabundo, ladrón y homosexual, los espacios oxigenados no solo servían para curar el cuerpo, en ellos, los vicios y las pasiones mundanas también encontraban sosiego. Es así que, entre otras medidas higiénicas, los árboles como filtros orgánicos fueron usados para el "perfeccionamiento de la raza", estado al cual no se llegaba según Manuel Uribe Ángel "sino por medio de una perfecta robustez y por la posesión de humores exentos de todo vicio debilitante y enfermizo". Esta labor civilizadora y reconstituyente de los árboles se vería modulada por la realidad de una sociedad profundamente desigual.

Acostumbrados a acceder de prime-

traía consigo (electricidad, alcantarillado, radio), las elites se vieron obligadas a compartir con los pobres, enfermos y marginados de toda factura la opulencia del aire purificado. Esto pronto provocaría el conflicto y sucesivos intentos de exclusión. En 1912, por ejemplo, argumentado la recaudación de fondos para un asilo bajo su administración, distinguidas damas de la sociedad medellinense enviaron una solicitud al Concejo de la ciudad pidiendo "autorización para cobrar la entrada al Parque de Bolívar, a la hora de la retreta, y únicamente el domingo de Pascua". Debido a la inconformidad social que representaba cobrar por el ingreso a los parques, el Concejo, ese mismo año, llegaría a una solución alternativa al privatizar los asientos de los parques de Berrío y Bolívar. Acogiendo la propuesta de los concejales Restrepo y Posada esta entidad aprobó el uso de los asientos a las personas que en previa licitación pública hubieran dado la mayor suma de dinero por el derecho a sentarse; más aun, según el decreto, los asientos serían resguardados de su uso por personas no autorizadas a través del ojo vigilante de los guardaparques que eran empleados públicos.

Ante los intentos de restringir el uso de los parques por parte de los pobres, enfermos o mendigos, pronto se escucharon voces en favor de la democratización de estos espacios y de sus aires limpios. En 1910, ante el anuncio oficial de la construcción del Bosque de la Independencia (hoy Jardín Botánico), aparecería en el Diario de Medellín una pequeña columna en la que se exigía que este nuevo espacio fuera un lugar en el que "todos 'republicanamente' tengamos un sitio de recreo común á todas las clases sociales; que puedan respirar su aire libre y perfumado los pobres y los ricos, los blancos y los negros; (...) ¡que allí vayan también las clases medias, que por él también puedan pasearse los mendigos, los que están condenados á no asistir á los parques cuya entrada cuesta dinero á toda clase de espectáculos públicos".

Idealmente, los parques de la ciudad eran lugares donde el trabajador podía pasear de manera sana con su familia los fines de semana, alejado así de las chicherías y de sus vicios, mientras los enfermos y mendigos encontrarían en sus aires consuelo y algo de sanación. Sin embargo, los intentos de cobrar por la entrada a estos espacios, aunados una fina maquinaria de exclusión compuesta por horario, rejas y celadores, privatizaban los buenos aires medicinales de los parques y excluían a todos aquellos incapaces de pagar por su entrada. Así, parecía que el poder sanador de las plantas y de los espacios verdes de la ciudad se hacía mercancía de consumo, cruel presagio de los actuales modelos empresariales de la salud.

Sin embargo, todos aquellos al margen, atacados de melancolía, lunáticos, huérfanos, criminales, ociosos o leprosos encontrarían la forma de que las plantas siguieran trabajando en su recuperación física y moral, ya no en los centros de las ciudades o en las plazas convertidas en jardines, sino en sitios aislados de reclusión. A los huérfanos en Bogotá, por ejemplo, se les enviaba al orfanato San José donde con el cultivo de hortalizas y la producción de jardines se les enseñaba el valor de la disciplina. A los leprosos de las zonas más pobladas del país se les confinaba en el pueblo Agua de Dios donde se les asignaban trabajos agrícolas; así mismo a los reos, algunos de los cuales eran enviados a colonias agrícolas en medio de la manigua como la del Carare en el Meta. En todos estos lugares correccionales las plantas ya no solo cumplían con su papel como filtro y purificador de lugares malsanos, allí plantas ornamentales, hortalizas y árboles selváticos (ya no tan salubres) eran herramientas de disciplina y corrección moral. Sin embargo, esto hace parte de otra historia que no puede ser contada aquí.

Finalmente, con la aceptación de las ideas sobre los microrganismos demostradas a través de una serie de elegantes experimentos por Louis Pasteur, los miasmas y efluvios que, invisibles, habían sido portadores de las muertes por siglos, adquirían un cuerpo. A su lado, la invención de la penicilina por Alexander Fleming durante la década de 1920 daría herramientas para combatir ciertas infecciones de origen bacteriano. Aunado a estos hallazgos médicos, un progresivo fortalecimiento en la cobertura de la infraestructura sanitaria posibilitó un mejoramiento de las condiciones de vida urbanas.

Sin embargo, a pesar de que el árbol ya no era el medio más eficaz en la lucha contra el contagio y la enfermedad, su presencia en nuestras ciudades ha persistido como legado de aquella lucha contra los agentes infecciosos e invisibles que mataron a muchos de nuestros antepasados. Usados por siglos como fuente inagotable de metáforas (hablamos del árbol de la vida, de echar raíces, de ser fuerte como un roble, de marchitarnos, de morir de pie), las plantas en general y el árbol en particular son organismos que sufren una transformación conceptual de cuando en cuando. El nuevo árbol moderno del siglo XXI nuevamente instrumentalizado, a medio camino entre la metáfora y la técnica, se usa como barril, como prestador de servicios ecosistémicos (coincidencia contractual) cuyo trabajo es acumular o "secuestrar" CO2. En su nuevo papel el árbol de hoy nos permite expiar, de cierto modo, nuestra colectiva mea culpa del sistema actual de consumo. Sin embargo, en estos días en los que al engranaje de esa gran maquinaria del mundo del crecimiento económico se le atraviesa de nuevo un enemigo invisible que la asfixia y parece detenerla, resulta inquietante la coincidencia de cómo hace solo unos meses veíamos con indiferencia esos pulmones del mundo amazónico ardiendo al lado de sus homólogos australianos, y sean ahora nuestros propios pulmones los que colapsan cuando un virus destruye ese bosque de alvéolos que todos llevamos adentro. ©



Elkin Obregón S.

LETRA MENUDA

e menciona aquí Lo que fue presente, el libro de diarios de Héctor Abad, no para intentar una crítica (doctores hay), sino para comprobar que en toda buena obra de este género encontramos, además de todo, pequeñas perlas, a gusto del lector. De las pescadas por este cronista, se ofrece una que parece (o lo es, sin ser-

"En Mérida, por el viaducto del que se tiran los suicidas, ponen un teléfono amigo y un cartel que dice: 'No lo hagas, llámanos'. Curan allí de la miseria de vivir, de su desdicha. Devuelven la alegría. Pero dos de los números se han borrado a la intemperie y ya es imposible llamar".

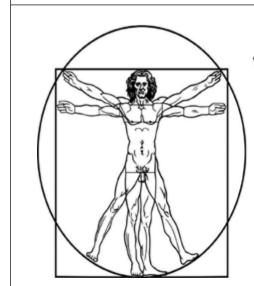
P. D. En la página 229 un dibujo nos muestra al autor del diario leyendo en una hamaca. Se trata de un magnífico apunte a vuelapluma, del que nada se nos dice. Ojalá ese culpable escamoteo sea redimido en la inminente reedición del libro.

En un relato del chileno Alejandro Zambra, el narrador se acuerda de un chiste, el preferido de su padre, quien, nada apto en general para esos menesteres, se volvía otra persona a la menor oportunidad de contarlo: el del hombre más friolento del mundo. Se trata de un chiste "largo", modalidad que Zambra describe como "... esos que se pueden contar de muchas maneras, porque lo que de veras importa es la gracia del relator, su sentido de los detalles, su capacidad para llenar el aire de digresiones sin perder el interés de la audiencia". No se caerá aquí en la tentación de Zambra, quien, tras algunas reticencias, sucumbe al deseo de contar el final. Solo se afirmará que el tal chiste, con obvias variantes, es el mismo que oyó este cronista —por cierto, narrado magistralmente— cuando a duras penas salía de la adolescencia.

Y bien, a eso quería referirse esta nota, antes de perderse por las ramas; al insoluble misterio que encierra la supervivencia de los chistes, sus insólitos recorridos por el tiempo y el espacio, buenos, regulares o malos, sin papel que los consigne, frutos tercamente orales, anónimos, camaleónicos. No sabe nadie cuándo ni dónde nacieron, ni cuánto más perdurarán. Para terminar, una modesta sugerencia: su carácter oral no los exime de una regla: no trates de contarlos en tiempo presente. Hacerlo así revelará tu falta de talento. Sigue mi ejemplo, calla y deja hablar al que sabe.

CODA

Estoy leyendo un libro de Kurt Levy (ese canadiense de todo el maíz). Nunca crucé palabra con él, pero alguna vez lo vi y lo oí en una de aquellas tertulias memorables del Recinto Ouirama, creadas por Jorge Rodríguez Arbeláez, un paisa soñador con los pies en la tierra. Parece ya olvidado todo lo que hizo y lo que intentó hacer. Así somos. ©



VICTOR AGUDELO E.

Medicina alternativa

Manejo del dolor agudo y crónico

Citas: 321 696 3676 vagudelo@hotmail.com





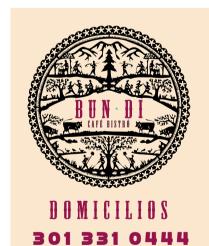












ALMUERZOS Y OTRAS DELICIAS.

PRODUCTOS ARTESANALES QUE FACILITAN COCINAR EN CASA.

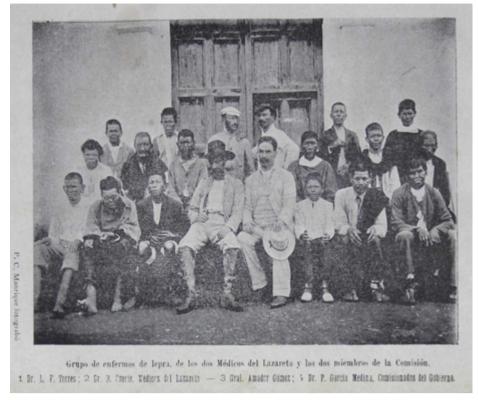
LUNES - VIERNES











iLazareto, levántate!

A principios de abril de 1906, un militar un médico y un cura realizaron "una escrupulosa visita" de casi dos semanas al lugar donde estaban confinados de manera obligatoria —secuestrados, era el término técnico – más de 1200 de "los más desgraciados de nuestros compatriotas": el lazareto de Agua de Dios, 102 kilómetros al suroeste de Bogotá.

Era un pueblo, realmente. Con plaza, iglesia, escuelas, biblioteca, oficina de telégrafos, salas de teatro, estanco, salón de billares, hospitales y orfanatos. Solo que habitado por personas portadoras del bacilo de Hansen, la bacteria productora de la lepra, y rodeado por una doble cerca de alambre de púas.

Nadie que hubiera sido forzado a entrar a esas tierras podía salir a sus anchas a infectar a nadie con el "rey de los espantos", esa enfermedad bíblica conocida también como "elefancía" o "elefantiasis", por su vicio de endurecer la piel y deformar los rasgos humanos.

Era la primera vez que una comisión oficial viajaba a hacer una revisión detallada de su realidad, tras muchos años de ruegos de sus habitantes y dolientes.

Tras su visita, le entregaron al ministro de Gobierno un informe minucioso, publicado ese mismo año por la Imprenta Nacional. Un valioso documento histórico, plagado de curiosidades, ignominias,

detalles reveladores y palabras desgarradoras sobre esa realidad*.

Van aquí un par de postales para alentar al lector a sumergirse en esas páginas insólitas, una de cuyas copias se resguarda casi íntegra en la Sala Antioquia de la Biblioteca Pública Piloto, disponible también en su repositorio digital.

Suspiros, dolor y un himno nacional

En la primera jornada el Ferrocarril de La Sabana los dejó en la estación Tocaima, y a las cinco y media de la tarde llegaron por camino de tierra al paso sobre el río Bogotá, el famoso "Puente de los Suspiros". Era un puente colgante custodiado por la Policía, y el punto más lejano al que las familias podían acompañar a sus enfermos antes de que se perdieran leprocomio adentro. De ahí su nombre.

A las siete de la noche, al entrar a la plaza del pueblo, comenzaron a escuchar las notas del himno nacional, interpretadas por una banda de "niños enfermos". El lugar estaba colmado, porque la gente había salido de sus casas "para hacer una demostración de complacencia" por la llegada de la comisión.

En el informe enumeran los milagros que había producido en el lugar el dinero del gobierno. Pero luego ponen el dedo en las llagas. Básicamente faltaba agua para medio leprosario. Las escuelas estaban

"desprovistas de los objetos más necesarios para la enseñanza". No había sino dos médicos y unos pocos practicantes, que en poco más de un año habían despachado la maratónica cifra de "once mil cuatrocientas ochenta y cinco fórmulas" para "más de mil doscientos enfermos".

Entre muchas otras cosas, fueron a invitados a varias funciones de teatro y a una representación artística en la que las niñas del orfanato entonaron versos tan tristes como estos:

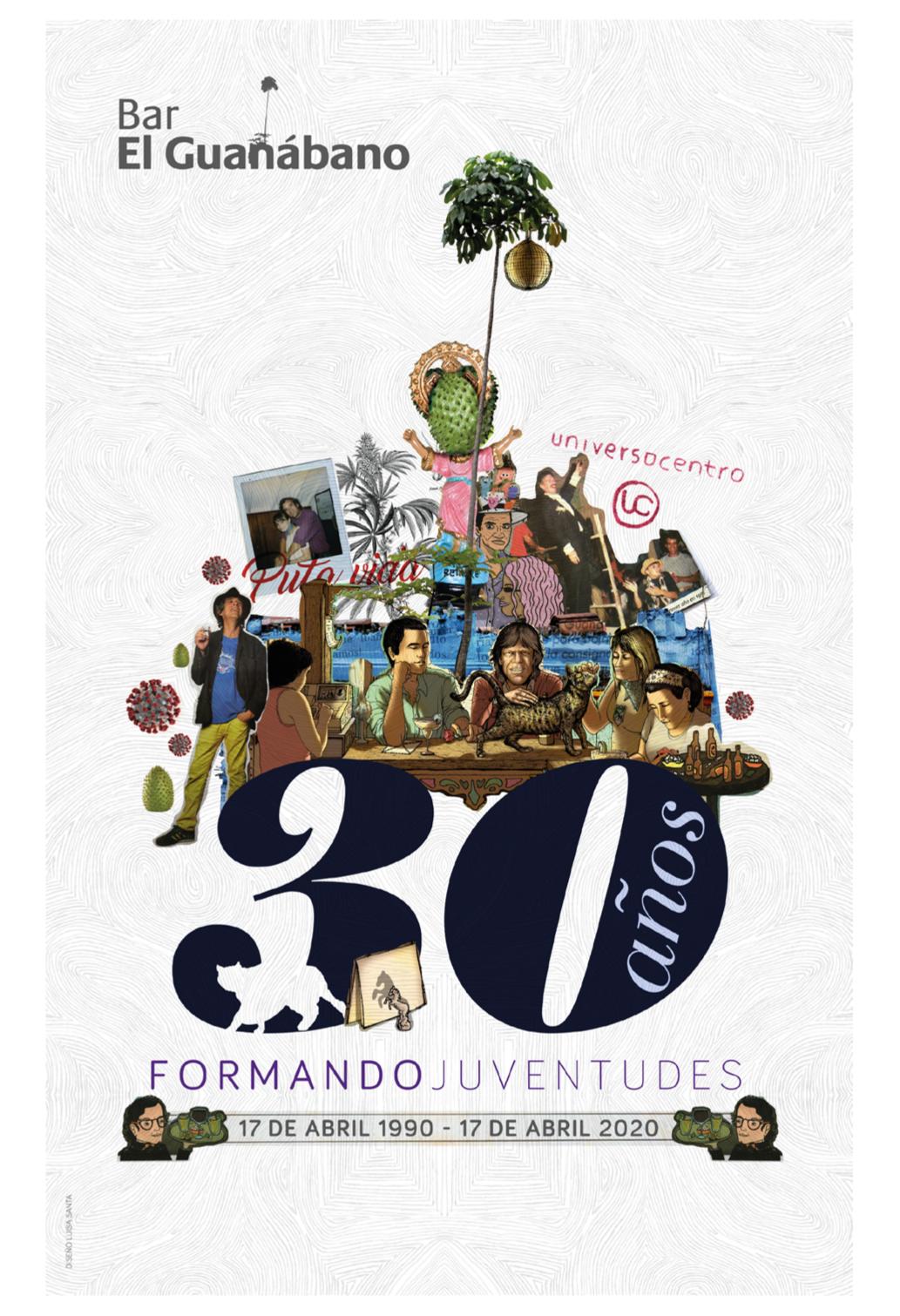
¡Ay!, ¡Al decirte adiós, madre querida, sentí que se me helaba el corazón, Al recordar que pronto me vería sola sin ti, en "la tierra del dolor"!

Agua de Dios fue declarado municipio en 1961 y ese mismo año se retiraron las cercas que lo rodeaban. Hoy es un tranquilo pueblo patrimonial y basta con un "tratamiento multimedicamentoso" para detener la acción del bacilo: "dapsona, rifampicina y clofazimina". Tres palabrejas mágicas que para muchos colombianos tardaron demasiado en llegar.

*Informe que los señores general Amador Gómez, jefe de la Sección 6, de Lazaretos, y el doctor Pablo García Medina, médico adjunto a esta sección, comisionados para visitar el lazareto de Agua de Dios, presentaron al señor ministro de Gobierno.

Puedes ver el documento completo original aquí







cinéfagos net 15 años

Crítica de cine, cine colombiano, nuevos medios, cómics, artículos y ensayos.







Las manos, su contacto, sus gestos, su capacidad transformadora, su conexión con el cerebro... son las responsables de nuestra historia sobre la tierra. Ese sistema de relojería de 27 huesos, músculos, tendones, poleas, ligamentos, flexores, extensores, nervios... tiene hoy gran protagonismo en épocas de contención sentimental y de contagio. "Cuando tus manos salen, amor, hacia las mías, qué me traen volando". Habría que responderle a Neruda que, entre cariños, traen bichos.

Las manos son la vía más frecuente de transmisión del #COVID_19 y de numerosas enfermedades. Hay reinos bacterianos y virales en cada pliegue o en el vacío hospitalario de una uña. Mantenerlas limpias con agua y con jabón ha sido uno de los grandes avances del siglo XIX, pues ha cambiado el curso de la salud y de la enfermedad. Recomendamos las historias de Pasteur, Koch, Lister o Semmelweiss y otros artífices de la antisepsia.

El contacto entre las manos y el cuerpo también ha sido considerado terapéutico. Se les atribuye trasferencia energética que abre o cierra puertas al bienestar. El lenguaje de las manos –mudras– es sagrado en el budismo y el hinduismo. Y en el cristianismo, la diestra y la siniestra, han tenido su reputación.

Fascina la vida neurovascular y mecánica de las manos, la colección de huesos semilunares, piramidales y ganchosos, las palancas y falanges artesanas, las del panadero anónimo o las de Lizt o de Chopin, las que tienen la huella de una vida costurera y cirujana, las de tus amados animales, las tuyas que escriben, te sacan del confinamiento y colaboran a tu idea..."Cómo sufre la cabeza cuando se desconecta de la mano", ha escrito Richard Sennet.

La mano es la herramienta del alma según los poetas que son capaces de leer en ella, también, huellas. Incluso, "el vacío en el que estuvo otra mano... Estas manos tienen dibujadas las líneas de una vida que se perdió, porque no supo, no comprendió, no quiso". Lee este poema de María Mercedes

Carranza (1945–2003), poeta colombiana, aquí

LAVARSE LAS MANOS

Ha cambiado la historia de la salud

Ignaz Philipp Semmelweis (1818-1865) el olvidado médico al que le debemos tanto









Una alianza:



≥ METRO COMÍAMA